



MAYO FEMINISTA: ESPERANZAS COLECTIVAS, NUEVOS
SIGNIFICADOS E IMAGINARIOS RADICALES

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE MAGÍSTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO Y
CULTURA MENCIÓN HUMANIDADES.

VANESSA EAST CARRASCO

PROFESORA GUÍA: KEMY OYARZÚN

Santiago, Chile, 2021

Dedicatoria

A mis linajes de hija, nieta, sobrina, hermana, amiga, estudiante.

Lina y Gabriela madreabuela, a su memoria. Natalia, Laura (Hetairas) mi primer colectivo de irreverencia feminista. A mis amigas del alma, compañeras, mentoras, maestras. Graciela, Carolinas, Alejandra, Elisa, Violeta, Javiera, Martha, Tere, Miriam, Paola, Carla, Jéssica, Leonor, Fernanda, Gabriela, Camila, Yamileth, Elizabeth, Pamela, Marcia, Mariana, Jacna, Verónica, Paula, Marcela, Cecilia.

A las mujeres que luchan, por la ternura y complicidad. Por estar y acompañar en la vida.

A las mujeres y hombres de mi familia, por enseñarme a amar, cuidar y pensar. A Kemy Oyarzún y Pilar Errázuriz, por el feminismo, la amistad, el cariño, la generosidad y todos los años de aprendizaje que he tenido el privilegio de vivir a su lado.

Especialmente a Luciano y Camilo, mis hijos amados e insurrectos, que desafían mis convicciones y me empujan a no dejar de pensar, creer y soñar que es posible y necesario transformar el mundo.

Resumen

Esta investigación indaga sobre las nuevas subjetividades e imaginarios sociales emergentes del Mayo Feminista del 2018, particularmente en las tomas universitarias y las multitudinarias y heterogéneas formas de protesta callejera. Las denuncias por acoso sexual realizadas por las estudiantes de diversas universidades del país hicieron estallar las instituciones, cuestionando todo su aparataje patriarcal, androcéntrico, sexista. El desarrollo de esta investigación propone la existencia de una enunciación propia, no evanescente, en la que se entretrejieron los anhelos y formaciones reticulares existentes, prácticas micropolíticas que venían gestándose desde los fragmentados feminismos de los 90 y de las primeras décadas del 2000. En esas continuidades, el 2018, la insurgencia feminista hace aparecer un movimiento instituyente, que venía gestándose no solo en Chile sino en América Latina. Este trabajo es un acercamiento a las subjetividades emergentes desde las narrativas de sus propias actorías, para aportar a la visibilización de las genealogías feminista antipatriarcales. El análisis discursivo de las entrevistas grupales a las estudiantes participantes de las tomas, aporta en la comprensión de los significados que construyen en torno a sus orgánicas, sus vínculos, idearios y experiencias, inscritas en un histórico social determinado, que tensiona y busca cooptar su crítica radical a todos los sistemas de dominación.

Tabla de Contenidos

Contenido

INTRODUCCIÓN	5
I FUNDAMENTACIÓN DEL PROBLEMA	8
II PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS	12
2.1 Pregunta de Investigación	12
2.2 Objetivo General	12
2.3 Objetivos específicos	12
III MARCO METODOLÓGICO	13
3.1 Perspectiva de la Investigación: Diseño Fenomenológico:	14
3.2 Fuentes de Información Primaria:	15
3.3 Fuentes de Información Secundaria:	15
3.4 Técnicas de Recolección de la Investigación:	16
3.5 Análisis de la información	17
4.1 El Movimiento Feminista: Memorias Recientes	18
4.2 Imaginarios sociales radicales, subjetividades y agenciamientos en el hipercapitalismo.	29
4.3 Subjetividades emergentes: resistencias y cooptaciones	35
4.4 La rebelión contra los sistemas de desigualdad entre los sexos: huellas indelebles en las memorias venideras.	44
V ANÁLISIS: IMAGINACIÓN COLECTIVA Y DESEOS INSTITUYENTES	58
5.2 Espacios de resignificación: las posibilidades de lo colectivo y lo singular.	64
5.3 Lógicas de representación y lógicas de multiplicidad: cuerpos y asambleas.	69
5.4 Proyecto emancipatorio: esperanzas y desesperanzas. Los feminismos entre el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo.	73
VI CONCLUSIONES	79
VII BIBLIOGRAFÍA	86

INTRODUCCIÓN

Esta investigación se propone indagar en los imaginarios sociales emergentes y las nuevas subjetividades a partir del movimiento feminista de Mayo del 2018. Conocer las formas y sentidos de lo colectivo como posibles espacios de resignificación y resubjetivación desde la voz de las estudiantes participantes de las tomas en Universidades chilenas. Este acercamiento al movimiento feminista, se inscribe en una memoria, en un determinado histórico social tensionado por las cooptaciones del neoliberalismo y las significaciones que desde la voz de sus protagonistas van configurando nuevas inscripciones y adscripciones dentro de las genealogías feministas.

Para llevar a cabo esta indagación, articulamos los imaginarios sociales desde las teorizaciones de Cornelius Castoriadis y reflexionamos sobre un campo de problemas complejo como es la construcción de subjetividades, por fuera de los reduccionismos sociologicistas y psicologizantes. La rebelión feminista de Mayo 18, veremos, surge en un Chile que vive aún la postdictadura, el hipercapitalismo y la globalización, desafiados por las multitudes, capaces de rehacer los idearios individualistas, las prácticas de la democracia representativa y la fragmentación de las luchas. Pensaremos este movimiento como parte de una cadena significativa de prácticas microsociales que comienzan a unirse en una red de conexiones y resonancias heterogéneas, capaces de generar conexiones significativas y orgánicas. En este sentido, no fueron solo multitudes erráticas e individualistas expresando un descontento, como algunos autores podrían plantear respecto de los movimientos sociales en la postmodernidad, cuya ética política de sujetos aislados bajo el imperio narcisista, impedirían trascender sus demandas inmediatistas.

Entre las tomas feministas y la revuelta popular del 18 de octubre (18/O), las continuidades imaginarias del descontento hicieron posible que la performance de LASTESIS se convirtiera en una de las más importantes expresiones del malestar de la indignidad que estalló en esos días. Los miles de cuerpos de mujeres, de todas las edades, performativizaron la denuncia, poniendo en palabras la violencia que ha sido parte de los pactos de silencio, del secreto de familia, de las culpas, vergüenzas, traumas, en las calles peligrosas o en los pasillos y salas de reuniones de las instituciones, donde se “cocinan” los pactos de la homosociabilidad de

los iguales (Butler, 1990). Todas hemos estado ahí, en mayor o menor medida, de acuerdo con nuestros posicionamientos en todas las imbricadas formas de opresión de las cuales las mujeres somos parte de manera diferenciada, pero finalmente, ya sean propias o como huellas transgeneracionales o como parte de nuestros imaginarios de pertenencia al colectivo mujeres, con mayor o menor conciencia, han dejado marcas que se expresan hoy en la insurrección, pero también en formas de resignación y silencio.

El objetivo que esta investigación se ha planteado es conocer las significaciones imaginarias emergentes a partir de los movimientos feministas de Mayo 18, sus potenciales transformadores y agenciamientos, desde las experiencias de estudiantes de diferentes universidades públicas, participantes en las denominadas Tomas Feministas. Para ello, se realizó una entrevista grupal a estudiantes mujeres participantes en la toma de la Universidad Metropolitana de Ciencias Pedagógicas, UMCE, durante el 2018. Así como se llevó a cabo el análisis documental, de entrevistas grabadas a estudiantes de las tomas, como parte del registro audiovisual desarrollado en proyecto conjunto con La Morada y el Archivo Nacional. La selección del material se realizó a partir del acceso a este, teniendo como criterio relevante, el incorporar una mirada desde las regiones.

La tesis se ha dividido, en primera instancia, en una contextualización histórica social de los feminismos en Chile a partir de los 90 en adelante, intentando con ello comprender los caminos recorridos, así como las principales tensiones que inscriben a los feminismos actuales dentro de una memoria reciente. Luego nos aproximaremos a una comprensión de la construcción de imaginarios sociales y su articulación con las producciones subjetivas, desde una perspectiva situada, desde el mundo de la experiencia, para desde ahí aportar a la construcción de epistemologías feministas que puedan nutrirse de las prácticas y políticas de las mujeres estudiantes que participaron en Mayo 18.

La investigación se realizó desde una metodología cualitativa, que incorporó el grupo de discusión y el análisis documental. Los contenidos emergentes de este análisis nos plantean por un lado nuevas formas de organización, las implicancias subjetivas que los espacios “a salvo” de las tomas separatistas han tenido y conocer cómo los fenómenos instalados a partir de las *corporeosubjetividades*, resonaron en la población, a partir de las experiencias de acoso

y violencia, como punto de partida desde el cual pensar en las violencias económicas, de clase, de raza en las que se inscriben los cuerpos feminizados en Nuestra América.

Pensamos este movimiento, más como una “marea” que como olas, como algunas han planteado. Con las dificultades también para aprehender el significado de los llamados “movimientos sociales”, que al decir de Rivera Cusicansqui (2018) opera como penumbra cognitiva que no permite ver lo multiforme de las formas de resistencia y organización y se vuelve palabra mágica.

Tomándome de las palabras de la investigadora feminista Uruguaya, María Noel Sosa (2020), he pensado este trabajo como una apuesta para construir una mirada situada, “que funcione como la caja de resonancia de las caracolas, que permiten oír el mar que las ha ido forjando y en donde lo viejo y lo nuevo componen un espiral complejo” (p.27) que no se cierre en perspectivas refundacionales, ni en idealizaciones que invoquen nuevos esencialismos o triunfalismo. La idea es abrir esa ventana para respirar aires de esperanza.

I FUNDAMENTACIÓN DEL PROBLEMA

En los últimos años hemos visto emerger importantes movimientos que han impulsado una agenda político-social para poner en el centro del debate la lucha por la igualdad y la justicia. Las primeras dos décadas del siglo XXI en Chile, se han caracterizado por movilizaciones estudiantiles con importantes hitos. El 2006 tuvo como protagonistas a las y los estudiantes secundarios en el llamado *movimiento pingüino*. El 2011 comienza fundamentalmente con el protagonismo de las y los universitarios, adquiriendo una fuerza transversal instituyente en torno a la demanda por una *educación pública, gratuita y de calidad*. Mayo del 2018 será recordado como el año en el cual el movimiento feminista, impulsado por las estudiantes universitarias, consigue una importante articulación que logra traspasar su propio colectivo con efectos multiplicadores en otros agentes sociales. Las demandas para poner fin a la *Educación Sexista* y hacer manifiesto otros aspectos del complejo entramado a partir del cual se construye la subordinación de la mujer como uno de los más persistentes fenómenos de exclusión, violencia y dominación de la historia de la humanidad, plantea preguntas históricas en relación a las formas que adquiere la participación, la ciudadanía y la política desde las amalgamas del pensamiento feminista, así como las preguntas por las potenciales transformaciones subjetivas y materiales.

La multiplicación de los espacios de encuentro micro sociales en términos de colectivos feministas de diversa naturaleza, de diversidades/disidencias sexuales y *queer*, cuya impronta fundamental radica en la deconstrucción de los vínculos afectivos, lo relativo a la sexualidad y al corsé del deseo heteronormativo (Errázuriz, 2016), han erosionado el paradigma de la diferencia sexual como principal articulador de la “identidad de género”, así como su centralidad en la constitución del psiquismo de las y los sujetos. Las llamadas relaciones “poliamorosas” hacen parte de expresiones que dan cuenta de los cambios en términos de lo que respecta a ciertos mandatos hegemónicos en torno a los vínculos amorosos y las políticas identitarias, no lo que son, sino lo que “se están volviendo”. Por otro lado, el reciente debate legislativo y aprobación (2018) en relación a la llamada Ley de Identidad de Género es una muestra de cómo los dispositivos de “desigualación” (Fernández, 2009), en términos

formales, muestran una cierta apertura. Aunque esto no garantice que otros dispositivos de vulnerabilización desaparezcan o se creen nuevos y reactualicen otros propios de las discriminaciones y violencia simbólica, se abren interrogantes en relación a los horizontes posibles de cambio en nuestro país. Mientras se abren las alamedas para la liberalización de las sexualidades e identidades, aun cuando los crímenes de odio no han desaparecido, “florecen diversas asunciones de identidad y variadas opciones sexuales, que se exhiben de modo desafiante para compensar tantos siglos de invisibilidad por temor a las sanciones morales y legales” (Meler, 2015, p.4).

En la última década pareciera que éstas consiguen avanzar en términos de su capacidad de enunciación de manera mucho más acelerada que las políticas de redistribución, fundamentales para la transformación de las desigualdades de género. ¿De qué manera estos cambios subjetivos, repercuten y mellan la robustez del Patriarcado y su férrea alianza al sistema capitalista? ¿De qué manera, el movimiento feminista, logra articular los proyectos de justicia y buen vivir para un nuevo mundo para todas y todos los sujetos subalternizados? Castoriadis (1989) señala que la imaginación radical ha de ser pensada como una relación dialéctica entre aspectos de determinación que si bien no pueden ser eludidos, escapan a la lógica de la creación imaginaria y de las transformaciones y estallidos sociales en los que se renueva la esperanza. Entre el Mayo feminista y el Estallido Social, hemos sentido esas renovaciones y tensiones, mientras la máquina aniquilante de la sociedad de consumo hace lo suyo, emergen subterráneas, “por debajo”, nuevas formas de resistencias y anudamientos que venían gestándose como puntos de fuga en nuestro país. De ahí la fuerza discursiva, creativa y corporizada de ambas insurgencias.

Lyotard (1987) señalaba que los tiempos que vivimos están marcados por la melancolía, la tristeza y la falta de entusiasmo puesto que señala, no quedan Bastillas que asaltar, salvo Wall Street, después de mayo del 68. Sin embargo, la insurgencia feminista nos ofrece un importante acontecimiento social que sin duda ha cambiado el mapa y el territorio, razón por la cual resulta relevante pensarlo desde una perspectiva situada.

Mayo 18, nos obliga a pensar también, respecto de las inéditas formas sobre las que muta el sistema sexo-género, para reciclarse y reinventarse. Metaestabilidad del sistema patriarcal (Amorós, 2005) que opera a contrapelo de las fuerzas instituyentes. Los cambios en términos

de las identidades de género, de orientaciones sexuales, formas de constituir familias y de concebir hijos/as, de dispositivos de emparejamiento, hacen parte de este histórico social en el que los imaginarios se han ido transformando, sin embargo, la crisis de los cuidados, anunciada desde hace mucho por las feministas, siguen pagándola las mujeres. Mientras el capital reduce los salarios y la provisión pública, empujando a que cada hogar dedique más horas al trabajo remunerado para poder sostenerse, se ha ido desarrollando un vacío de cuidados (Fraser, 2016), que ha generado una necesidad imperiosa de transferir o desplazar el trabajo de cuidados hacia otras personas para aumentar la tasa de participación laboral ‘formal’. Para la autora, esta crisis no es casual, sino la expresión más o menos aguda de las contradicciones socio-reproductivas del capitalismo financiarizado (Fraser, 2020). Al respecto Oyarzún señala:

Replantear creación y procreación, modos de producción y modos de reproducción constituye un importante eje de problemas culturales, epistemológicos. Pero descuidar los aspectos materiales del género, desde lo biopolítico a lo laboral, desde la producción de afectos a la producción de objetos y sujetos sólo redundará en la reproducción de las actuales condiciones asimétricas. (2005, p. 285)

Entre Mayo 18, el estallido social 18/O y la nueva constitución, los movimientos sociales y en particular el feminista, con sus diferentes formas de protesta y orgánicas surgidas en este contexto, han instalado una crítica profunda desde las instituciones de la sociedad hasta el Estado en última instancia. Imaginar una sociedad distinta, crítica radical a los principales lugares de socialización y de construcción del saber/poder como las instituciones de educación, superior y escolar, hasta el desecho de la constitución dictatorial, patriarcal y neoliberal que tenemos. El movimiento no solo es una crítica, como plantea Nelly Richards (2018), sino pretende modificar los imaginarios culturales de la sociedad, “desbordando por completo lo procesable por un aparato de gobierno mediante simples decretos de leyes o agendas técnicas de políticas públicas” (p.118), fijando su horizonte en una crítica radical. Las antiguas comisiones de expertos, lugar en el que durante las últimas décadas se negociaron las demandas populares, no solo se hace imposible de invocar en un gobierno de derecha como el del Presidente Piñera, sino que además, estas demandas, que desbordan las cuestiones del reconocimiento, se van configurando en una política feminista que hacia el

estallido social se encuentra provista de diversas orgánicas que representan ámbitos del mundo social, colectivas feministas agrupadas en la Coordinadora 8M o en la Asamblea Feminista Plurinacional, numerosas mesas de mujeres a nivel comunal, así como redes de mujeres feministas del mundo profesional, muchas de las cuales lograron una importante articulación a partir de las coordinaciones triestamentales en las diferentes universidades movilizadas, por ejemplo, la Asociación de Abogadas Feministas de Chile, ABOFEM.

Es importante recordar, que la revuelta feminista, iniciada en las universidades, tiene en primera instancia las denuncias que ya desde hacía unos años antes venían haciéndose públicas en la universidades. El 2015 comienza y termina en tomas y paralizaciones importantes durante el 2016. Este caso, aún reducido a una Facultad dentro de la Universidad de Chile, para el 2018 desborda todo intento de reduccionismo. Las prácticas feministas visibilizan que no es solo un problema penal, sino filosófico, político, cultural y psicosocial (Oyarzún, 2018, p.47).

II PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS

2.1 Pregunta de Investigación

¿Cuáles son las significaciones imaginarias emergentes a partir de los movimientos feministas de Mayo 18, sus potenciales transformadores y agenciamientos, desde las experiencias de estudiantes de diferentes universidades públicas, participantes en las denominadas Tomas Feministas?

2.2 Objetivo General

Conocer las nuevas significaciones imaginarias que emergen de los movimientos feministas de Mayo 18, sus potenciales transformadores y agenciamientos, desde las experiencias de estudiantes de diferentes universidades públicas, participantes en las denominadas Tomas Feministas.

2.3 Objetivos específicos

- 1) Conocer los significados asociados a las praxis feministas a partir de las tomas de Mayo 18.
- 2) Comprender las resonancias sociales e imaginarios emergentes provocados por el movimiento.
- 3) Reflexionar sobre el momento histórico social en el que el movimiento surge.

III MARCO METODOLÓGICO

Esta es una investigación de tipo cualitativo, exploratorio y descriptivo. Para el cumplimiento de sus objetivos, el diseño articula metodologías cualitativas desde la epistemología feminista (Harding, Hartsock, Fox Keller, Haraway), atendiendo no solo a lo “qué” investigamos sino también al “cómo” lo hacemos. La elección es pertinente a una investigación que considera que los dispositivos de participación/investigación, son espacios propicios de resubjetivación en el que se construye un aquí y ahora dialógico entre la investigadora y las participantes, así como entre las propias mujeres. Las narrativas se constituyen así en los “conocimientos situados” (Haraway, 1991), perspectiva según la cual, todo conocimiento se genera desde unas condiciones semióticas y materiales que dan lugar a una determinada perspectiva.

El diseño planteado para la recolección de información debe ser sensible a las diferencias, a los procesos singulares y comunes, a los acontecimientos y a los significados latentes (Tejedor, 1986). Para ello consideramos la reflexividad (Harding, 1996) como herramienta metodológica para la deconstrucción de las relaciones de poder y para la creación de conocimiento. El proceso de investigación social según el cual los y las sujetos construyen/reconstruyen su subjetividad en el propio proceso de construcción de conocimiento generado durante la investigación en las instancias grupales, como en la realización de un sistema de registro que resguarde y mantenga el compromiso ético según sea acordado con las y los sujetos. A partir de estas consideraciones, la perspectiva de género se constituye en uno de los principales enfoques teórico-metodológicos.

Las prácticas cualitativas entrañan un proyecto estratégico libre de comprensión totalizadora de los procesos sociales (...) y (...) tiende a coincidir (...) con la propia perspectiva dialéctica [entrañando] una actitud crítica a lo instituido en cuanto cristalizado/reificado, como una intencionalidad instituyente transformadora de lo real” (Delgado, 1995, p.91).

En este sentido, nos proponemos:

-Ser sensible a las diferencias, a los procesos singulares y comunes a los acontecimientos y a los significados latentes

-Considerar la reflexividad en el proceso de investigación social según la cual los sujetos construyen y reconstruyen su subjetividad en el propio proceso de construcción de conocimiento generado durante la investigación.

A partir de dichas consideraciones, la perspectiva de género se constituye en una de las principales herramientas teórico- metodológicas. Nos interesa relevar que la memoria también es genérica, ya que los encuadres sociales -esos marcos sociales de la memoria a los que refiere Halbwachs- están cruzados también por relaciones de género, que implican que mujeres y hombres tuvieron experiencias diferentes y generizadas que a su vez construyeron subjetividades generizadas (Jelin, 2010, p. 12).

La diferencia entre lo habitual y lo narrativo tiene que ver con el momento rutinario que se hace memorable, alterando el instante al que se le busca un sentido. Entonces el acontecimiento rememorado o “memorable” toma una forma narrativa convirtiéndose en un relato comunicable (Jelin, 2001, p.14). Jelin propone entonces como desafío, convertir lo habitual en memorable, y con ello incorporar lo habitual en las memorias de hombres y mujeres.

3.1 Perspectiva de la Investigación: Diseño Fenomenológico:

Estos diseños se enfocan en las experiencias individuales subjetivas de los participantes, para responder a la pregunta ¿Cuál es el significado, estructura y esencia de una experiencia vivida por una persona (individual), grupo (grupal) o comunidad (colectiva) respecto de un fenómeno? El centro de indagación de estos diseños reside en la(s) experiencia(s) de las participantes en las tomas feministas de Mayo 18.

De acuerdo con Creswell, 1998; Alvarez-Gayou, 2003; la fenomenología se fundamenta en las siguientes premisas:

-Busca describir y entender los fenómenos desde el punto de vista de las participantes y desde lo que se construye colectivamente.

-Propone la búsqueda de posibles significados.

-La investigadora confía en la intuición y en la imaginación para lograr aprehender la experiencia de los participantes.

La investigadora sitúa las experiencias en términos de su temporalidad (tiempo en que sucedieron), espacio (lugar en el cual ocurrieron), corporalidad (las personas físicas que la vivieron), y el contexto relacional (los lazos que se generaron durante las experiencias).

a) Campo de Intervención

El campo de intervención escogido se enfoca en las mujeres como agentes del movimiento social feminista surgido en mayo 18 impulsado fuertemente por el movimiento estudiantil.

Las entrevistas se realizarán a mujeres participantes de las tomas universitarias ocurridas durante el Mayo 18, en 3 universidades públicas de Chile y 3 Facultades en Santiago.

b) Sujetos de la investigación (Muestra)

Las sujetos de la investigación son mujeres participantes de las tomas feministas durante el 2018, pertenecientes a diferentes instituciones de educación superior, todas instituciones públicas. Son estudiantes entre los 18 y 25 años.

3.2 Fuentes de Información Primaria:

La selección de la población para el desarrollo de la investigación es de tipo no probabilístico, también llamadas muestras dirigidas, suponen un procedimiento de selección orientado por las características de la investigación, más que por un criterio estadístico de generalización (Hernández, 2014).

Para la realización de entrevistas grupales, se realizó un grupo de discusión con seis estudiantes mujeres, de las carreras de educación de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE, participantes en la toma feminista de su universidad el año 2018.

3.3 Fuentes de Información Secundaria:

Se analiza el material audiovisual de entrevistas a 5 grupos de estudiantes participantes en las tomas feministas, provenientes de distintas universidades públicas de Chile, durante el 2018. La selección del material tuvo como criterio el acceso y la disponibilidad para su facilitación por parte del Archivo Nacional y la Unidad de Mujeres y Género, a través del Registro Histórico de las tomas Feministas. El material utilizado corresponde a una serie de

entrevistas dirigidas a las estudiantes durante el año 2018, en distintas universidades del país. Al momento de la realización de esta investigación, el material disponible se encontraba limitado por una serie de temas de acceso tecnológico que dificultaron la adquisición del material o la ampliación de los registros a otras facultades o universidades.

3.4 Técnicas de Recolección de la Investigación:

Grupo de discusión:

El grupo de discusión es un dispositivo de socialización en el que la producción de una situación de comunicación grupal sirve para la captación y análisis de los discursos ideológicos y las representaciones simbólicas que se asocian a cualquier fenómeno social y sus representaciones, siendo estas significaciones imaginarias las formas de conocimiento colectivamente elaboradas y compartidas.

Análisis documental:

Soporte material de hechos, fenómenos y manifestaciones de la realidad social, que existe con independencia de la acción del investigador

Para esta investigación, se ha contado con material seleccionado en base a su disponibilidad, en el Archivo Nacional, que cuenta con el material audiovisual de entrevistas realizadas en conjunto con la Corporación de la Mujer La Morada en distintas universidades de Chile durante el año 2018, todas estudiantes mujeres participantes de las tomas en sus casas de estudios.

Los grupos de estudiantes del material audiovisual corresponden a las siguientes Universidades y Facultades:

- 1) Universidad de Talca: Estudiantes, voceras, representantes de distintas carreras en la toma feminista de 2018
- 2) Universidad de Chile: Facultad de Ciencias Sociales, voceras y estudiantes participantes en la toma feminista de 2018.
- 3) Universidad de Chile: Facultad de Derecho, Voceras de la toma feminista de 2018.
- 4) Universidad Austral: Estudiantes participantes de la toma feminista de 2018.

5) Universidad de Chile: Facultad de Artes: Voceras y participantes de la toma feminista de 2018.

3.5 Análisis de la información

Análisis de Discurso

Para los objetivos de esta investigación, el análisis de los discursos de las estudiantes participantes en las tomas feministas, nos permite aproximarnos a los significaciones que se producen y circulan en nuestra sociedad. Estos discursos, por un lado, son una práctica social (Fairclough 1992, 1995), es decir, nos permiten intentar comprender la realidad social; por otro, dada la opacidad que acompaña a los procesos discursivos, el análisis nos permite hacer una interpretación, por cierto desde nuestra implicancia como investigadores/as. De este modo, el Análisis de Discurso, se inscribe en lo que podríamos denominar el saber cualitativo, formando parte de lo que Valles (2000) llama el *paradigma interpretativo*.

1) Unidades de Sentido: Para el análisis de esta investigación, de tipo exploratoria, las categorías son el resultado emergente del material de entrevistas obtenido. De este modo surgen luego de la revisión de las mismas.

2) Reflexión temática de los significados en torno a las categorías agrupadas a partir de la selección de Unidades de Sentido. Este proceso consiste en la selección de frases que condensan sentidos fundamentales respecto a las categorías seleccionadas.

En la aproximación de lectura detallada, analizamos cada frase o cada grupo de estas y preguntamos: “¿Qué revela esta frase o este grupo de frases acerca del fenómeno o la experiencia que se describe?”.

3.6 Aspectos éticos

Para el resguardo del anonimato de las entrevistadas, así como la autorización para hacer uso del material obtenido, se realizó a través de un consentimiento informado a inicio de la sesión y que consta en la grabación del grupo de discusión. La entrevista realizada el 2020, se realizó en contexto de Pandemia por lo que se utilizó una vía telemática para llevarla a cabo.

IV MARCO TEÓRICO

4.1 El Movimiento Feminista: Memorias Recientes

El feminismo en Chile durante los 90 al igual que los movimientos sociales, vieron retroceder su espacio de acción. Con la llegada de la llamada transición o postdictadura, operaron mecanismos de disciplinamiento sobre las acciones de resistencia, en las cuales se desplegaron “luchas de afirmación de identidades, formas de vida alternativa, voluntades de poderío” (Guerrero, p.29) que habían puesto en práctica un deseo colectivo por fuera de los espacios tradicionales de acción política, siendo cooptados a través de su institucionalización. Durante la “democracia de los acuerdos” y la “justicia en la medida de lo posible”, se exorcizaron los fantasmas y las significaciones imaginarias que para un sector importante de la población hacía parte del trauma de la violencia dictatorial que tuvo en las poblaciones su principal fuente de descarga. “El molde discursivo del consenso reprimió la heterogeneidad conflictiva de lo social” (Richard, 2001, p. 228). De ahí en más, los partidos políticos fueron ocupando el espacio de representatividad de los colectivos organizados. Por su parte, los Organismos no Gubernamentales que habían surgido durante los 80, funcionaron intentando responder a las amplias necesidades sociales de ayuda, y hasta con pretensiones de lograr un poder popular paralelo, las que una vez retirados los recursos internacionales de América latina y en particular de Chile, ven como una forma de supervivencia los pequeños espacios abiertos por el estado para postular a recursos, que por un lado las rescata de la agonía y por otro las termina convirtiendo en consultoras paraestatales (Foladori, 2002).

La institucionalización de las ONG, fue un fenómeno que tocó de cerca al movimiento feminista. Frente a la amenaza y el rechazo a la divergencia, las feministas suavizaron su discurso de modo de no crear un clima de conflicto que pudiera resonar a una posible polarización o división dentro de los conglomerados de izquierda institucional, que tenían entre sus filas partidos como la Democracia Cristiana, reaccionaria a la mayoría de los temas denominados “valóricos”. En ese contexto, nace SERNAM (1991) organismo que seduce a muchas mujeres militantes del movimiento, que comienzan a participar de estas instituciones, pero al mismo tiempo comienzan a abandonar la militancia y el activismo, dando paso a una profesionalización, en espacios estatales por un lado y en los no gubernamentales (ONGs)

por otro, instituciones que poco a poco debieron ir dejando su lugar de autonomía y trazarla para su subsistencia.

Durante este período, las feministas y movimientos de mujeres que rechazaban su institucionalización o el reduccionismo de la mirada del SERNAM, permanecieron organizadas desde colectivos y en un activismo que buscaba incidir en la población de mujeres y no en las políticas públicas (Forstenzer, 2019). Su existencia se evidencia en numerosos grupos que, aunque no congregaban a grandes masas, incidían y participaban activamente de movilizaciones a favor del aborto, en la conmemoración del día internacional contra la violencia hacia la mujer y el 8 de marzo. Dentro de estas agrupaciones encontramos un amplio espectro entre las que se definían radicalmente autónomas, como aquellas agrupaciones que sin estar institucionalizadas participaban, aunque de manera independiente de algunos espacios abiertos por el Estado.

Los noventa estuvieron marcados por dos importantes encuentros. La IV Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing, que propicia y moviliza a diversas actorías previo a su realización a través del llamado de Unifem para generar articulaciones nacionales de mujeres. Este proceso es principalmente liderado por SERNAM y algunas ONGs, las que conforman el Grupo Iniciativa, muy criticado por las feministas autónomas. En este contexto y con una fuerte oposición de la derecha, SERNAM elabora la propuesta para Beijing (1995), la que es apoyada sin mayores cuestionamientos, fundamentalmente como una respuesta en bloque a la amenaza de veto desde la derecha (Ríos, et al., 2003). Por su parte las autónomas, se distancian más de lo que ven como una estrategia errada, que no cuestiona ni profundiza en los nudos críticos de los debates políticos del momento: la familia, la sexualidad, los temas de género entre otros.

En un contexto de marcada polarización ocurre el VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Cartagena, Chile (1996). En él, se profundiza la distancia y con ello una perspectiva en la cual ya no es posible hablar de feminismo, sino de varios y diversos, pero además en muchos casos opuestos. “Hagan toda la política que quieran y como quieran, pero sin incluirnos, esto significa que tienen que ponerle nombre a lo de ustedes, tienen que nombrar a quienes representan” (Pisano, 1996). Las disputas por la representatividad, la divergencia frente a las formas de hacer política feminista, pero sobre todo respecto a las

luchas y transformaciones esperadas, desde una crítica más o menos radical, marcan la principal línea divisoria entre los feminismos de los '90, aun cuando se percibe un ímpetu de búsqueda coalicional, que pudiera articular las diferencias al tiempo que las develara, como podemos observar en la declaración del Movimiento Feminista Autónomo:

Sin asumir la responsabilidad de elaborar y expresar las diferencias es imposible poder implementar coincidencias para agruparnos en corriente. En el hacer política feminista no podemos seguir apelando sólo a nuestra condición de género para apoyarnos mutuamente porque con este discurso se está construyendo un proyecto político de sociedad que no todas compartimos y lo que es peor, se silencian otras propuestas. (Movimiento Feminista Autónomo, 1997)

¿Es posible decir que para algunas feministas de los 90, aquellas del denominado movimiento autónomo y de algunos colectivos populares, aún se conservaba la épica de las luchas antidictatoriales, la de una propuesta utópica y militante? El feminismo no es una comunidad de mujeres homogénea. En la actualidad, la diversidad de los feminismos es su principal característica y riqueza, lo que se expresa en múltiples formas de lucha respecto a las opresiones y desigualdades. Aquello que es su fortaleza, también puede ser su debilidad en la búsqueda de alianzas.

La década de los noventa, para los movimientos sociales y colectivos, fue un proceso de dispersión, que fraguó una marcada división entre las diferentes agrupaciones y organizaciones del mundo popular con las nuevas formas de organización e institucionalización de los feminismos. La división entre autónomas e institucionalistas ha sido bastante visitada en las discusiones y revisiones del feminismo de los 90:

El debate respecto de la relación con el Estado y el sistema político cobra centralidad, la preocupación por integrar a mujeres populares a los espacios feministas - un objetivo central durante los ochenta - tiende a perder prioridad en los discursos y estrategias de una mayoría de feministas. (Ríos, et. al., 2003, p.310)

Como hemos visto, esta fractura no solo tiene que ver con la relación de las “institucionalizadas” con el Estado durante la postdictadura y las cooptaciones que allí se producen, sino con diferencias en lo que eran tópicos centrales de las luchas feministas en

los noventa: por ejemplo, la ley de divorcio y despenalización del aborto, a las cuales, organismos como SERNAM se oponía. Nelly Richard (2000) refiere a este tono de moderación impuesto por la lógica reconciliadora del dispositivo de la transición, que fue marginando de sus circuitos de habla las posturas confrontacionales en relación a los debates valóricos (aborto, divorcio, etc.) para que los antagonismos de posturas entre el feminismo y el discurso oficial sobre mujer y familia no desequilibrara el término medio, de lo políticamente consensuado.

La dicotómica rencilla entre las institucionalizadas y las autónomas también alcanza a la academia. Gargallo (2004) plantea que las intelectuales más conocidas a nivel latinoamericano fueron autoras que restringieron los debates en el paraguas del “género binario”, y que tuvieron como interlocutoras implícitas de sus escritos a sus pares norteamericanas, a los intelectuales varones¹. En Chile, donde se fundan los estudios de género en la Facultad de Filosofía y Humanidades y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en los 90, fue un esfuerzo complejo sostenido contra las críticas y el menosprecio de temáticas que parecían ajenas a los grandes pensadores occidentales. Esto es el “entronque patriarcal”, es la exacerbación de los patriarcados originales causada por la impronta colonial del patriarcado cristiano occidental (Gargallo, 2004).

En la academia esto significó “introducir la militancia en los claustros” (Femenías, 2009, p.53) y también, al decir de la autora, implicó la fagocitación de los saberes de las mujeres. Vale la pena señalar en este punto, que fueron varias generaciones de estudiantes, no solo en la Universidad de Chile, sino en otras universidades las que incorporaron las temáticas de género en programas, diplomados o en la perspectiva y abordaje de cursos de pregrado. Como señala Araujo (2016), la existencia de la dicotomía o enemistad entre institucionalizadas y autónomas, parece ser más parte de una forma de pensamiento excluyente que aún debemos superar, que en verdad una divergencia contraproducente a los feminismos del siglo XXI. La educación superior en este aspecto, con las resistencias de la que fuera objeto y sus propias problemáticas fragmentarias y neoliberalizantes, fue un aporte, que no ha dejado de estar tensionado dentro de su propia institucionalidad y para el movimiento feminista también, que

¹ En relación a esto, Gargallo señala explícitamente a autoras como Teresita de Barbieri, Beatriz Schumler, María Luisa Femenías, Montserrat Sagot, Sara Poggio y Marta Lamas

no pocas veces ha cuestionado y contrapuesto el feminismo academicista, al activista, como reflexiona Kemy Oyarzún:

Los Centros (de género) se han venido autogestionando y autofinanciando en condiciones de gran fragilidad. En el seno de una reforma inconclusa como la de la Universidad de Chile (iniciada por la comunidad estudiantil en el 97), son unidades académicas que han logrado instalar temáticas pluralistas, controvertidas y seculares, urdiendo un contundente entramado crítico y con gestos cuya persistencia desafía las escépticas y ascéticas racionalidades hegemónicas (2005).

En este escenario, entre los 90 y la primera década del 2000, se puede decir que existió una tipología de seis estructuras organizativas: colectivos, coordinadoras, ONGs, redes, programas de estudios de género, medios de comunicación feministas (Forstenzer, 2019). Toda esta amalgama de micropolítica en la que se intersectan y disputan, configura una red, que podríamos denominar rizomática (Guattari, Deleuze, 1976) porque se va constituyendo en tejido social y se va conformando desde orgánicas propias, creativas, múltiples, que por sus naturaleza desintitucionalizada, aparecen unas y desaparecen otras. Podríamos decir que llegamos al siglo XXI con un escenario y movimiento fragmentado en términos de una orgánica, pero con discursos que poco a poco iban transformando el imaginario social de este país.

En Chile y la región, en los 90 y durante las primeras décadas del siglo XXI, no se puede negar que existieron numerosos avances con relación a la suscripción de acuerdos internacionales, leyes nacionales y algunas políticas públicas que apuntan a subsanar, aunque superficialmente, la condición desigual de las mujeres que abarca todos los ámbitos de su vida. No obstante, estos procesos se fueron produciendo en ausencia de un movimiento de mujeres o de agrupaciones feministas articuladas. Salimos del siglo XX con un movimiento feminista fragmentado, producto de cambios de la estructura de oportunidades políticas ocurridas durante la llamada “transición” (Ríos, et. al., 2003) y entramos al XXI en las llamadas *políticas de presencia* (Castillo, 2018) centradas en “redemocratizar la democracia”, por el convencimiento, sobre todo en términos de la participación de las mujeres políticas quienes tienen la certeza de que su “baja participación y representación en el campo de la política (en partidos políticos y en el Parlamento) se debe a profundos

prejuicios, prácticas sexistas y un ordenamiento paternalista/patriarcal de la política chilena” (Castillo, 2018, p.234). al “reconocimiento”. Las *políticas de la presencia* no solo buscan dar visibilidad a aquellos grupos marginados del espacio de la política, sino que buscarán transformarlos en sujetos de agencia política para lograr transformaciones en la dirección de la política y en las decisiones que en ella se tomen.

El triunfo de la primera mujer presidente en Chile el 2006, Michelle Bachelet, convoca múltiples interrogantes, muchas de las cuales han sido motivo de diversos análisis, por su particular figura: socialista, agnóstica, separada y mujer, por ser la primera presidenta de Chile con un explícito discurso y agenda de género, por su énfasis en la protección social; por ser quien, paradójicamente al extraordinario apoyo popular que obtuviera a lo largo de su mandato, (incluso tras el terremoto y maremoto del 27 F ad portas de finalizar su período), fuera quien viera sucumbir en las urnas a la coalición de la que formara parte entregando la banda presidencial a la derecha, luego de 20 años de gobiernos del conglomerado de centro izquierda *Concertación de Partidos por la Democracia*, desde el fin de la dictadura militar en 1989.

Su llegada a la presidencia generó grandes expectativas para las mujeres y ambivalentes y cautelosas para muchas feministas. No podemos ignorar el hecho de que fueron las mujeres las que mayoritariamente votaron por ella, aunque luego de cuatro años y como históricamente lo hicieran, votaran por el candidato de derecha en el que sería el primer mandato de Sebastián Piñera. Transversal a toda dimensión sobre la cual comprender y analizar su gobierno y más allá de cualquier esencialismo respecto a su condición de mujer y las implicancias que ésta pudiera o no tener sobre la situación de subordinación que viven las mujeres, su irrupción en la política, en un país en el que existía una de las tasas más bajas de participación femenina (apenas 12,5 % en la cámara de diputados y un 4.2% en el senado), de ningún modo petrificó el pensar y actuar, tanto por lo que movilizó en reflexión y acción, como por las resistencias y complicidades al interior de la política chilena, dentro de la oposición como de la propia coalición gobernante.

Su figura de reconciliación, figura materna, cercana, con declaradas intenciones de apertura del espacio de participación, socialista, agnóstica, víctima de la represión de la dictadura militar, puso sobre la mesa visiblemente los temas de género como en ningún otro gobierno

concertacionista. Pero no es solo lo medible en términos de políticas públicas, programas, declaraciones, gestos e imposturas las que van configurando una transformación del imaginario social, sino además, como señala Kemy Oyarzún (2005) de algún modo logró transformar el *Ethos* concertacionista de lo posible (sometimiento a la factibilidad), a una lucha voluntariosa que hizo a muchas mujeres, feminista y no, imaginar “lo imposible” en términos de transformaciones simbólicas y reales, aun cuando estas se hayan desvanecido con el tiempo. Desde aquella década hasta ahora, “podemos decir que el retorno a la democracia no solo fue un pacto para la mantención de las estructuras sociales y económicas del libre mercado, sino, además, la transición, fue “una re-distribución consensuada del poder político entre los varones”² (Fries, 2010).

Para Follegati (2017), las políticas de género no sólo desactivaron el énfasis contestatario, subversivo y revolucionario del feminismo de los 80’, sino que tecnificaron su potencia a manos de una administración que promovió los principios capitalistas para el reconocimiento de la autonomía de las mujeres. Los intentos por mejorar las condiciones en términos de autonomía económica de las mujeres, finalmente respondió a conceptos y programas gubernamentales con políticas de subsistencia, basadas en los emprendimientos precarios, sin llegar a cuestionar el sistema neoliberal en que gran parte de las desigualdades de género se asientan, muy por el contrario, buscando su incorporación a un sistema de base injusto que mal podría brindarles la tan ansiada igualdad sustantiva y justicia social. Mainstreaming de género que dejó al arbitrio del gobierno de turno no solo las iniciativas sino las perspectivas, algunas con efecto refractario como las impulsadas por el gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), donde las políticas hacia las mujeres tuvieron una vuelta al enfoque familiarista.

Durante la década de los 90 y del 2000, la dispersión no ocurrió solo para el feminismo chileno, sino para gran parte del feminismo latinoamericano. No obstante, una transformación había comenzado hacía algún tiempo en la región y estalla con el Movimiento Zapatista (1994), con la transformación del EZLN y su incorporación y participación en las comunidades chiapanecas. Uno de los principales hitos de la década es el levantamiento y toma en 5 de las ciudades del estado de Chiapas. Su lucha anti colonial y anticapitalista,

² Fries, Lorena Avances y desafíos en torno a la autonomía política. Ponencia en Seminario ¿Género en el Poder? El Chile de Michelle Bachelet [http:// www.observatoriogeneroyliderazgo.cl/seminario](http://www.observatoriogeneroyliderazgo.cl/seminario)

traspasa las fronteras de México, convirtiéndose en un referente de lucha a nivel mundial. El Zapatismo, intentó levantar una propuesta crítica a una “partidocracia ineficiente y represiva” (Fontana, 2008. p.240), impulsando un nuevo modelo de lucha desde abajo, que ha tenido impacto a lo largo de la última década en otros movimientos sociales, en América Latina y otras partes del mundo

Sabemos que las mujeres han estado siempre presentes en los movimientos sociales tanto en Chile como en Latino América y el mundo, la mayoría de las veces invisibilizadas, por efecto las violencias epistémicas y corpóreas que las han excluido persistentemente de los espacios de participación política partidaria y sus disputas por la representación. “Hasta mayo de 2018, muchas de las subjetividades y actorías feministas postdictatoriales transitaban por espacios inciertos, en el seno de la desafección y desconfianza frente a lo político” (Oyarzún, 2018, p.34).

Durante estas décadas, las mujeres, autodenomínense a sí mismas como feministas o no, han sido partícipes de innumerables espacios y luchas sociales, entre las que podemos mencionar las luchas por los DDHH en las diferentes agrupaciones existentes, las luchas en los comités de vivienda, o diferentes órganos sindicales o gremiales y estudiantiles, los que inaugurarán para Chile, un nuevo escenario de movilizaciones sociales en los últimos años de la primera década del siglo XXI.

En nuestro país, los movimientos más importantes en lo que va del siglo, han sido protagonizados por estudiantes, aunque su fuerza se extendió a vastos sectores de la población, no obstante en Chile, las principales expresiones de conflictivas y protestas sociales estaban mayoritariamente vinculadas a los conflictos laborales en primera instancia protagonizados por sindicatos y asociaciones, seguidas de protestas que apuntaban a las mejoras en la calidad de vida: salud, vivienda, educación, así como también las manifestaciones vinculadas a los Derechos Humanos, según señala estudio sobre los eventos contenciosos en Chile entre el 2012 y el 2017 (Sepúlveda, et. al., 2019). Desde la Revolución Pingüina el 2006, el movimiento por la gratuidad en la educación superior el 2011, el Mayo Feminista del 2018 y el salto de los torniquetes en el metro protagonizado por los estudiantes secundarios que dieron origen a las protestas sociales del llamado Estallido Social del 18 de octubre del 2019. En común, podemos decir que todos tienen como impronta un

distanciamiento con los partidos políticos tradicionales de izquierda y de centro izquierda, al tiempo que sus liderazgos son desplazados por la fuerza de los movimientos sociales.

Los cuatro períodos ininterrumpidos de alianzas de centro izquierda que gobiernan durante los primeros 20 años de la llamada transición a la democracia entre 1990 y 2010, lo hacen bajo las lógicas de la “justicia en la medida de lo posible”, frase que aplicándose a las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura cívico militar, se hace extensiva en términos del imaginario, a la justicia social. Este imaginario se derrumba a partir de la revuelta o rebelión originada en el pasado 18 de octubre del 2019 y es iniciada con masivas evasiones del pago del metro capitalino por parte de estudiantes secundarios, en rechazo al alza de los pasajes. “*No son 30 pesos, son 30 años*”, consigna que pone en palabras lo innombrable de la violencia de la desigualdad social y el abuso hacia los sectores precarizados y vulnerabilizados por el Estado y las élites político-económicas del país durante la postdictadura.

El “despertar” de Chile, como ha sido llamado el reciente estallido social, de algún modo hace parte de esta secuela iniciada por los movimientos estudiantiles en los albores de este siglo, pero sobre todo del movimiento feminista del 2018 que visibilizó las estructuras patriarcales de las instituciones de educación superior, siendo el acoso sexual la expresión más explícita de esa violencia. Retrocediendo un poco en el tiempo, el 2011, los movimientos estudiantiles alcanzaron un amplio apoyo ciudadano, logrando incluso cambiar la agenda de los candidatos a las elecciones presidenciales. Aun cuando el movimiento cuestiona el modelo educacional en sus bases mercantiles, no consigue doblegar el interés de las élites por lo que las condiciones para una transformación más profunda no se hacen posible. En este sentido, la consolidación del modelo económico durante los años que siguieron al término de la dictadura, legitimó el sistema económico impuesto, como señala el filósofo Maurizio Lazzarato (2019), primero de manera violenta sobre los miles de muertos y desaparecidos durante la dictadura, para más tarde consolidarse “impulsando transformaciones técnicas y normativas de profundización de las desigualdades, generando condiciones políticas de las clases subalternas para organizar y decidir sobre su vida material y política” (Narbona, Páez, 2014). Se crean complejos procesos de desobjetivación que tiene como una de sus principales aristas la llamada “economía de la deuda”, del “homo

endeudado”, generando una relación social acreedor-deudor, que se superpone a otras como la de usuario/a, trabajador/a o consumidor/a, en palabras del autor:

La deuda actúa a la vez como máquina de captura, de depredación o de punción sobre la sociedad en su conjunto, como un instrumento de prescripción y gestión macroeconómica y como un dispositivo de redistribución de los ingresos. Funciona, asimismo, en cuanto dispositivo de producción y gobierno de las subjetividades colectivas e individuales. (Lazzarato, 2013, p.35)

Desde este impacto material y subjetivo, se instala el padecimiento de la inhabilidad o ilegitimidad para cambiar o transformar la realidad de los espacios microsociales, mucho menos el de las decisiones más estructurales. Este estado de sujeción se manifiesta en desesperanza, letargo o apatía que podía interpretarse como desinterés e individualismo, pero que tiene profundas raíces en la percepción certera de que *“no hay nada que se pueda hacer”*, *“igualmente mañana tengo que levantarme a trabajar”*. El año 2016, el contexto del colapso del transporte público, una trabajadora señalaba: *“me siento como un vil perro apaleado, que solo puede morder el trozo de palo que le tiran”*. En esta frase, la queja pone de manifiesto la impotencia frente a la sensación de enajenación de humanidad, a lo que Mendel (2000) se refería cuando hablaba de la necesidad de la apropiación del acto poder. No solo como registro psíquico, sino como espacio colectivo desculpabilizado, desde donde desafiar la autoridad y escapar de la división, fragmentación de la vida y la alienación del trabajo.

Si bien los primeros movimientos estudiantiles no tuvieron en su agenda los temas de género, podemos decir que entre la Rebelión Feminista de Mayo 18 y el Estallido Social 18/O hay un proceso instituyente de apropiación de las calles, de denuncia al sistema neoliberal que se expresa con fuerza durante el 18 de octubre, por lo que es difícil pensar la existencia del segundo sin el primero. En este contexto es importante recordar que la Performance de LASTESIS *“Un violador en tu camino”*, es presentada por primera vez durante el Estallido Social, para la conmemoración del día Internacional en contra de la Violencia hacia la Mujer, 25 de noviembre del 2019.

El colectivo pone en escena la teoría en torno al mandato de violación de Rita Segato (2003), expuesto en su libro *Las Estructuras Elementales de la Violencia. Ensayos Sobre Género Entre la Antropología, El Psicoanálisis y los Derechos Humanos*, en el cual la autora plantea

la violación como un acto de sometimiento contra una mujer o un cuerpo feminizado, “que salió de su lugar, esto es, de su posición subordinada y ostensiblemente tutelada en un sistema de estatus” (p.31). Respecto a este mandato y su visibilización, la multiplicación dramática de la performance en las calles, por un lado, subvierte los mandatos, la humillación al cuerpo físico, la degradación y desobjetivación genérico sexual, incluso aunque no se haya necesariamente realizado una violación real del cuerpo físico.

Siguiendo los planteamientos de Agamben (2000), para quien uno de los objetivos de la represión, y la violencia guarda relación con la “supresión” de lo subjetivo en el individuo, para transformarlo en una existencia corporal sin identidad, la apropiación de las calles, los cuerpos desnudos, se convierten no solo en un acto reparador en términos simbólicos del colectivo mujer, sino que además subjetiviza, por el solo acto de enunciación colectiva. Pero no es solo desde el punto de vista simbólico que hablar de las violaciones y las demás violencias hacia las mujeres, puede tener impactos subjetivantes, sino que además en y por la fuerza de lo colectivo, que desafía las morfologías fragmentarias de nuestro cuerpo social, y de nuestra memoria transgeneracional.

En 2018, muchos insistieron en denominar “cuarta ola” al movimiento feminista que surgió en Chile y en Latino América. Sin embargo, la metáfora de las olas, invisibiliza las luchas permanentes de mujeres y feministas. Algunos prefirieron entonces hablar de *mareas verdes* a propósito de las machas por el aborto en Argentina. La metáfora acuosa, líquida tiene una trayectoria centenaria en Rosa Luxemburgo que vale la pena recordar:

“ora se extiende por todo el imperio como una ancha ola del mar, ora se divide en una red gigantesca de estrechos riachuelos; ora brota de las profundidades como un fresco manantial, ora se hunde completamente en la tierra (...) todo esto fluye caóticamente, se dispersa, se entrecruza, se desbordase un océano de fenómenos, fluctúan y eternamente en movimiento”. (Luxemburgo, citado en Gago, 2019, p.42)

4.2 Imaginarios sociales radicales, subjetividades y agenciamientos en el hipercapitalismo.

Gran parte de las discusiones de la teoría social han buscado una forma de explicar las relaciones entre las estructuras, las relaciones sociales y los sujetos que las “padecen” y las habitan. Esta pregunta, desde la perspectiva de los imaginarios sociales, no es solo la de una apropiación o reproducción pasiva, al decir de Bourdieu, una internalización, pre reflexiva que denominó *habitus* (2007), para referirse a la apropiación de sentidos que se ajusta al campo de adscripción de las y los sujetos para el aseguramiento de la reproducción social. Aunque Bourdieu ha señalado que el *habitus* no responde a un esquema determinista, Castoriadis, en una perspectiva diferentes, ha planteado claramente que los imaginarios sociales, representan esa relación en la que los sujetos al mismo tiempo que recrean las estructuras, las crean en un constante movimiento que el autor denominó instituyente. Es el momento de la acción colectiva y no solo del espacio de los sujetos singulares que advienen a una sociedad ya dada, con normas, lenguaje, simbolismos, mitos y creencias construidas con anticipación, las que los sujetos internalizamos de modos particulares. Toda sociedad, dice el autor, es una interpretación y una construcción de su propio mundo, que responde a finalidades específicas y cambiantes en cada tiempo histórico, y que emergen, posibilitando el cambio para la creación de nuevos significados, los que más tarde serán internalizados y naturalizados. Proceso dialéctico que hace de lo histórico social un movimiento de creación constante, ni lineal, ni cerrado en sí mismo, espiral dialéctica, siguiendo a Pichon Riviere (1985). Fugas, irrupciones que emergen sobre lo instituido (lo dado), para crear nuevas significaciones que instalan la dimensión del poder en el centro mismo de la producción de subjetividad (Fernández, 2007) las que de vez en cuando se transforman en rebeliones e insurgencias.

Cornelius Castoriadis, será fundamental para una aproximación al imaginario social como una construcción socio histórica que abarca el conjunto de instituciones, normas y símbolos que comparte un determinado grupo social y que opera en la realidad permitiendo o sancionando el accionar de los sujetos. Esto es lo que da existencia a un cuerpo social y constituye parte fundamental de lo que da sentido a un colectivo y funciona como “ligamento

invisible” que permite cierta cohesión social, al tiempo que abre espacios para la construcción permanente de significaciones imaginarias nuevas que coexisten con diferentes grados de heteronomía y autonomía tensionando las transformaciones histórico-sociales instituidas y naturalizadas. La perspectiva planteada por el autor pone en el centro la tensión entre creación incesante del ser humano, por fuera de las lógicas deterministas y su relación con las significaciones imaginarias sociales instituidas, naturalizadas, introyectadas primero y luego proyectadas en un mundo de hechos, prácticas, discursos, instituciones. Este proceso de creación incesante tiene como carácter esencial ser creación de un mundo propio a través de representaciones, afectos e intenciones, como señala Castoriadis:

Estas significaciones no corresponden a elementos “racionales” o “reales” y no quedan agotadas por referencia a dichos elementos, sino que están dadas por creación, y las llamo sociales porque sólo existen estando instituidas y siendo objeto de participación de un ente colectivo impersonal y anónimo” (1988, p.5).

Hablamos entonces de cómo se producen y sostienen las condiciones materiales de la vida, así como de la emergencia creativa de los colectivos, los que desde vidas singulares a su vez van construyendo una especificidad que sobre determina a los grupos y sus instituciones, en un determinado contexto histórico-social.

Las significaciones operan desde lo implícito en las elecciones, en el hacer de los individuos y de la sociedad, como definitorias de una constelación de significados y fines en los cuales, y desde los cuales se construye el mundo social como este mundo, mi mundo. (Cabrera, 2004, p.122)

El estudio del imaginario psico-social resulta fundamental para comprender cómo se construyen y transforman determinadas significaciones. Interpela emociones, voluntades, sentimientos, sus rituales, promueve las formas que adquirirán los comportamientos de agresión, de temor, de amor, de seducción y por supuesto de las relaciones sexo genéricas, que son las formas en que el deseo se anuda al poder (Fernández, 1993). Es así como se construye e instituye una manera de pensar la sociedad desde la creación indeterminada e incesante de sus producciones y de los significados, sentidos y prácticas que se movilizan con esas producciones (Vázquez, 2002).

Pensar los imaginarios sociales en relación a un *Sistema Sexo Género* hegemónico, implica pensar en la dimensión socio-histórica, a partir de fuerzas provenientes de un imaginario social efectivo y un imaginario social radical. En relación con el primero, Fernández (1993) señala “los universos de significaciones imaginarias sociales operan como organizadores de sentido de los actos humanos estableciendo las líneas de demarcación de lo lícito y lo ilícito, de lo permitido y lo prohibido, de lo bello y lo feo”. Es a través del imaginario psico-social efectivo que se mantiene unida a una sociedad. Por otro lado, el imaginario radical, refiere a lo instituyente, capaz de producir nuevos sistemas de significación o de transformación de significaciones de una sociedad.

Lo instituyente, es decir, las transformaciones de sentido operan siempre como la resistencia de aquello consagrado, instituido que, hasta tanto no sea trastocado, opera como régimen de verdad. Los nuevos organizadores de sentido y las prácticas sociales que lo hacen posible, da cuenta de la existencia de deseos que no se anudan al poder, que desordenan las prácticas, desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y en algún momento instituyen nuevas sociedades. (Fernández, 1993)

Consideramos en esta investigación, las transformaciones subjetivas, como parte de las significaciones imaginarias de una sociedad y en particular de la emergencia de un imaginario radical (Castoriadis, 1997). Que abrió nuevos horizontes de posibilidades para pensarse a sí misma nuestra sociedad.

Desde esta perspectiva, todas las transformaciones posibles ocurridas en Chile en torno al movimiento, son parte de un histórico social que de algún modo fue configurando los límites de, y los márgenes de cambio dentro de los cuales pudiera asegurar las condiciones de su existencia y finalmente de sus emergencia a través del Mayo 18 Las posibilidades de generar nuevos sentidos que a través de procesos complejos, las y los sujetos produciremos y reproduciremos en los sistemas de relaciones sociales, en los cuales, las diferencias de sexo/raza/clase, siguen siendo uno de los principales ejes modeladores, hegemónicos en torno a los cuales se ha organizado la matriz del pensamiento occidental. Como señala Butler (1993), el principio de inteligibilidad de los cuerpos, que los hace coherentes, “aceptables”, fuera del terreno de lo abyecto y la exclusión, se constituye en un mandato imaginario, en el

que hemos borrado, invisibilizado para naturalizar, las causas de dichas construcciones imaginarias, que se encarnan en cuerpos y psiquis.

Las significaciones imaginarias sociales de este mundo y que venían conformando la psique y los cuerpos de las y los individuos bajo el signo del mandato patriarcal, los cuerpos desechables, los feminizados, precarizados y rechazados también partícipes de las representaciones de este mundo, incluida la sociedad misma y nuestro lugar en él, pero esto no es un constructum intelectual exclusivamente, va de la mano de un afecto, o “una nebulosa de afectos que embeben la totalidad de la vida social” (Castoriadis, 1997, 9).

Siguiendo al autor, la sociedad permanece cohesionada, adscribimos a ella gracias a la “institución de la sociedad”, pensada como un todo. Entendiendo la institución como todo aquello que la sobre determina y que está conformada de las instituciones particulares, las normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas y, desde luego, el individuo mismo, tanto en general como en el tipo y la forma particulares que le da la sociedad, dentro de las cuales las diferencias de género son una de las más persistentes. Lo importante de lo que señala Castoriadis, es que la institución de la sociedad tiene entre sus componentes un aspecto imaginario, “significaciones imaginarias sociales”, aquellas que no responden a un relato racional o real del mundo y de sus acontecimientos, sino que son creación, que solo puede surgir a partir de lo social ya dado y por tanto del colectivo que hace parte de ese momento histórico social (Castoriadis, 1987).

Desde su concepción, lo imaginario se distancia de las conceptualizaciones lacanianas, del concepto especular, de imagen de. Para Castoriadis, hablar de imaginario remite a una capacidad del colectivo humano de creación, de invención histórica-social y psíquica (Fernández, 2007). En ese sentido lo entenderemos como producción incesante que se debate entre la fuerza instituyente, el imaginario radical y lo instituido: el imaginario efectivo. Este último corresponde a las demarcaciones entre lo permitido y lo no permitido dentro de una sociedad, lo normal y anormal. Son sus sentidos los que permiten la cohesión y dan origen a un “nosotras/nosotros”, acto en el cual las sociedades como efecto de su autoconservación, han invisibilizado, ocultado aquello que les ha dado origen, para naturalizarlo, para hacerlo atemporal y con ello garantizar su perpetuidad.

Castoriadis denominó “*magma*” a ese conjunto de significaciones imaginarias que crean y recrean al sujeto mismo y la sociedad en la que habita. Ese magma, concepto con el cual quiere demostrar que no existe una lógica categorial o conjuntista desde la cual se puedan explicar las creaciones y transformaciones que dan origen a lo nuevo. Es “indeterminado”, y allí se abre el espacio para aquello que responde a las lógicas de los procesos secundarios, reflexivos, deliberativos, al mismo tiempo que responde a las lógicas del inconsciente, del pensamiento primario, donde no se rige ni por las lógicas del tiempo, del espacio ni de la razón.

La psique no puede sobrevivir fuera de un mundo de significación. Esto la predispone para darle tanto poder al otro y a la sociedad. La socialización de la psique es el sentido que la sociedad ofrece al infante a cambio de su primer sentido (perdido), alucinatorio, producido al interior de la mónada psíquica. La socialización se construye sobre la necesidad biológica (hambre) y sobre la necesidad psíquica de sentido (Castoriadis, 2007).

El principio de “autoconservación “de las sociedades, crea, “fabrica” individuos que den sentido a esta lógica conjuntista, que, sin embargo, desde la perspectiva del autor, está siempre siendo desbordada por su dimensión “magnética instituyente”. Se trataría entonces de la emergencia histórico-social, solo posible desde los colectivos que son capaces de transformar los sentidos, las prácticas, desde las cuales interpelar las instituciones, como “organizaciones” en las cuales los mandatos del estado se materializan, y a través de ellas en definitiva la institución de la sociedad. Los instituido, sin embargo, no se transforma sin librar las batallas de autoconservación y los discursos “sobre las amenazas” en ciernes que los movimientos sociales provocarían en la destrucción de la sociedad y por ejemplo del sistema económico que la sustenta.

De este modo, el movimiento feminista, sus demandas, estéticas, prácticas son resistidas, sobre todo a través del blanqueamiento de su discurso y también desde su incorporación al sentido común y la reducción de sus luchas a meros temas culturales o de “mujeres”, invocando de algún modo su despolitización. Bettina Horst, subdirectora de Políticas Públicas de Libertad y Desarrollo (LyD), durante las manifestaciones del 2018, señala que es lamentable que esta “temática que debiera ser planteada desde una perspectiva transversal en lo político -y con ello concitar un apoyo amplio-, pretenda ser capturada por sectores cuya

agenda va mucho más allá de la agenda propia de la mujer como el fin de las AFP y aborto libre, entre otras. Según Horst “cuando la agenda se mezcla con agendas contrarias a la libertad económica, la lucha por aumentar la libertad de las mujeres termina por lograr lo contrario: cerrar espacios de libertad y de oportunidades”³ (2018) A los imaginarios radicales emergentes, surgen los discursos que como el recién mencionado, se asientan en otros de larga tradición dentro de los discursos hegemónicos desde el siglo XX en adelante, como por ejemplo el de la “superioridad moral de las mujeres” (Vera, 2016), discurso que enaltece la virtuosidad de lo femenino, con las mutaciones aceptables del siglo XXI, pero que definen desde una derecha conservadora, hasta dónde esos nuevos imaginarios son legítimos o no. El discurso sobre “las mujeres” como categoría que entraña una positividad, una identidad que hay que salvaguardar, hace parte del fenómeno vivido durante la insurrección feminista. Su alcance, por cierto, en muchos casos fue interpretado desde este paradigma, el del rescate y reconocimiento de cierto estatus moral de las mujeres como perspectiva que en la mayoría de los casos se asentó en un esencialismo mujeril y en los intentos por despolitizar el movimiento y sus demandas.

En medio de esas batallas de sentido, surge lo nuevo, desde esta perspectiva en términos de creación de nuevas significaciones que se anudan a la creación de subjetividades que las encarnan:

Allí radica lo novedoso, dado que nuestra experiencia no es la experiencia de los objetos en sí, sino de las significaciones que estos portan; las cosas del mundo son significativas en la medida que son producto humano y soporte de la experiencia humana. Lo que las constituye, lo que las trama, lo que constituye su “materia” efectiva, aunque no tangible, son las significaciones con las cuales han sido investidas; lo que hace sufrir, lo que hace creer, lo que hace hacer son las significaciones, los objetos son sólo su soporte. Es una tesis radical: el elemento de lo histórico-social son las significaciones. (Bottinni, 2012, p.20)

³ Entrevista disponible en <https://coes.cl/prensa-como-entender-la-actual-ola-de-demanda-femenina/>

4.3 **Subjetividades emergentes: resistencias y cooptaciones**

Braidotti (2002), nos aporta importantes reflexiones para comprender las subjetividades corpóreas, que se construyen en una red de intercambios, en los que los imaginarios sociales se interceptan:

Se trata de la capacidad específicamente humana de incorporar y trascender de manera simultánea las mismas variables que lo estructuran: la clase, la raza, el sexo, la nacionalidad, la cultura, etc. Y esto a su vez afecta el concepto de imaginario social. El proceso de devenir sujeto requiere elementos de mediación cultural, puesto que el sujeto tiene que negociar con condiciones materiales y semióticas, es decir, con conjuntos de normas y reglamentaciones institucionales, así como con las formas de representación cultural que las sustentan (2002, p.37).

Problematizar la noción de subjetividad es indispensable en la visibilización de un campo complejo en términos de los distintos cuerpos teóricos que lo abordan. Sin embargo, la aproximación a las y los sujetos y su realidad socio histórica es un desafío permanente, razón por la cual intentaremos abordarlas por fuera de las nociones determinantes, para ser pensadas como movimientos, tránsitos, en la construcción de subjetividades desde los imaginarios sociales y sus procesos de invención.

Pensar en las y los sujetos, los imaginarios instituidos e instituyentes, no solo los ubica en el espacio y tiempo social, sino en los encuentros singulares que hacen posibles dichos procesos, en los que las y los sujetos se ubican dentro de múltiples relaciones que hacen complejos y heterogéneos sus procesos de construcción subjetiva. Lo instituido y lo instituyente, puede así vincularse a los procesos de memoria (tradición e inercia), como su visión de futuro (utopía), produciéndose una dialéctica procesual (Zemelman, 2010), como punto básico para la comprensión de las subjetividades.

Superadas o no aún, en los distintos campos del conocimiento, las perspectivas psicologizantes o sociologizantes del concepto, así como las visiones apriorísticas o

monolíticas de la constitución del sujeto y sus subjetividades, vale la pena pensar en algunos de los nudos de disputa recurrentes en torno a este campo de problemas y que aún es pertinente discutir. Desde ese trabajo, Ana María Fernández (1999) señala que los aportes psicoanalíticos han sido de gran importancia para pensar los problemas de la subjetividad, sin embargo, considera que es necesario revisar de manera crítica los campos teóricos desde donde se han construido tales sistemas teórico-institucionales, para lo cual es necesario: a) Problematizar los efectos de verdad del dispositivo psicoanalítico (u otros), b) Genealogizar sus condiciones históricas de producción de conceptos (Foucault con su noción de genealogía, permite entrelazar las narrativas teóricas y los dispositivos histórico-sociales-políticos-subjetivos que sostienen), c) Elucidar sus efectos en el disciplinamiento social d) Deconstruir los binarismos donde ha quedado atrapada la diferencia (Derridá). Estas herramientas útiles para el campo de la subjetividad permiten operar críticamente respecto de las instituciones totalitarias, desmontar las teorías cristalizadas en forma de doctrinas, visibilizar y enunciar nuevas teorizaciones, pensar con criterios “multirreferenciales” y por último relativizar los efectos de verdad que los campos unidisciplinarios instituyen (Fernández, 1995).

Silvia Bleichmar en su conferencia “Acerca de la Subjetividad” (2003), señala que la producción de subjetividad (vs performatividad de sexo/género) refiere al conjunto de elementos que producen a un sujeto histórico, “es el modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar. Es constituyente, es instituyente”, o sea produce un sujeto “potable socialmente” y en este sentido se vincula a formas históricas.

La relación entre producción de subjetividad, poder y relaciones de género está inmediatamente articulada al lugar que ocupan las relaciones sociales en dichas amalgamas. Si ésta es un componente importante de la socialización, entonces han sido reguladas por los centros de poder que producen sujetos funcionales y necesarios para conservar un sistema y sostenerse a sí mismos (Bleichmar, 2004). Fernández (2007) por su parte, señala que hay ciertos imaginarios que no son precisamente autónomos, sino más bien forman parte de ciertos dispositivos de poder que objetivizan y subjetivizan las significaciones. Es así como la violencia se ha reproducido en la historia a través de modos de objetivación y modos de

subjetivación que se han encargado de argumentar, legitimar y naturalizar dicha violencia. Esta invención imaginaria que legitima la violencia -señala Fernández (2007)- solo puede ser producida colectivamente y legitimada históricamente.

La subjetividad emerge de una compleja interrelación de identificaciones heterogéneas situadas en una red de diferencias desiguales. En este sentido, habría que pensar el proceso de subjetivación – en particular el de generización- en términos de una trama de posiciones de sujeto, inscriptas en relaciones de fuerza en permanente juego de complicidades y resistencias (Bonder, 1998). Las perspectivas interseccionales del feminismo postcolonial han sido un aporte para visibilizar esta cuestión relativa a los conocimientos situados, a sujetos “sujetados” y constituidos psíquicamente por espacios de ambivalencia que al tiempo que determinan subordinaciones, posibilitan subversiones (Butler, 1977).

Nos referimos a la producción de subjetividades, para señalar que hay formas de representación que cada sociedad instituye para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior y las maneras en que cada sujeto constituye su singularidad, dentro de la cual, la constitución del psiquismo referida a los modos a través de los cuales el aparato psíquico, a partir de la determinación libidinal del sufrimiento psíquico, se relaciona, se influye e impactan mutuamente. Entonces diremos que la producción de subjetividades, sexo genéricas, son parte de un proceso histórico social y político, entendido en este caso como la distribución social del poder entre los géneros, lo que hace parte fundamental de la organización psíquica desde el comienzo de la vida. (Tajer, 2009).

Pensaremos el movimiento feminista y su relación con las transformaciones subjetivas que vienen gestándose como parte de procesos complejos dentro de los cuales las huellas del pasado se constituyen desde pequeñas e invisibles transformaciones, desde su silenciosa existencia, que al decir de Puget (2018) se hacen visibles por algún acto fortuito o cuando la suma de sus partículas se manifiesta como un cambio, hasta la producción de “magmas” (Castoriadis, 2007) deseantes que irrumpen de manera multitudinaria, cuando el velo no se sostiene más. Desde esta perspectiva, comprenderemos los procesos de transformación de las subjetividades como procesos continuos de cambios en la realidad socio histórica, donde las

dicotomías psíquico/social; individual/colectivo, se articulan en un más allá de lo inconsciente, y de las antinomias que solo las sitúa como interioridad o exterioridad.

Las y los sujetos situados, inmersos en múltiples y heterogéneas relaciones, tensionados del mismo modo por complejos mecanismos constituyentes de nuestro tiempo. De los llamados *tiempos líquidos*, de construcción de relaciones mediadas por las economías libidinales del capital, así como también por cuerpos y relaciones que resisten la cooptación de las grandes marcas publicitarias, de los discursos de las instituciones del estado y de los despojos en sus más diversificadas expresiones en el capitalismo global.

Este acercamiento a las subjetividades epocales del Chile actual, requiere un ejercicio teórico que sitúa a las subjetividades en un campo de problemas de abordajes complejos, por lo cual se requieren miradas multidisciplinarias que aporten a una conceptualización desde la cual “la constitución psíquica” en sus singulares fantasmáticas en el interjuego de lo social y lo psíquico y cómo estas se ensamblan con los modos históricos que forman parte de la producción de subjetividad, “se enraízan en el procesamiento ideativo haciendo impacto en la estructuración psíquica y ofreciéndole su materialidad para articularse en la vida social” (Bleichmar, 1999).

Desde esta perspectiva, las subjetividades se anudan entre las pulsiones de autoconservación y la autopreservación, las que se han ligado al metarrelato de nuestro “yo”, de una forma determinada de internalizar los mandatos culturales y las normas sociales, entre las cuales los sistemas sexo género son una de las principales. En este sentido no podríamos pensar las subjetividades por fuera de las ideologías y cómo estas movilizan los procesos defensivos y las maneras de autopreservación, así como resulta importante considerar un más allá de la narrativa edípica familiarista.

Podemos decir que aquello que nos constituye en sujetos es la misma ambivalencia que nos crea, la de sujetos que advenimos al mundo en una precariedad constitutiva que nos sitúa desde el momento mismo de la existencia en sujetos subordinados al otro, pero que en esa imposibilidad del otro, también incompleto, se funda la potencia deseante del sujeto subordinado. Butler dirá que el sujeto es él mismo un lugar de ambivalencia, puesto que emerge simultáneamente como *efecto* de un poder anterior y como *condición de posibilidad* de una forma de potencia radicalmente condicionada. Cualquier teoría del sujeto debe tomar

en cuenta la plena ambivalencia de las condiciones de su funcionamiento (Butler, 2001, p. 25)

En este sentido, la vulnerabilidad constitutiva del sujeto, que lo arroja a un sometimiento que llevado al plano social, debe aceptar, para poder persistir como sujeto en un mundo de algún modo dado, como condición de su sobrevivencia, sería lo que inaugura una alienación primaria en la socialidad (Butler, 2001).

El desplazamiento del sujeto como racional, unívoco, transparente, ha permitido también el cuestionamiento del “sujeto del feminismo”. La crítica a los esencialismos ha permitido la emergencia de diferencias sin que estas deban ser sometidas a las jerarquizaciones históricas que por mucho tiempo subvaloraron las luchas de las mujeres por ser secundarias a la lucha de clases de las izquierdas y movimientos sociales. El estallido de las identidades y su emergencia en las luchas sociales actuales ha sido considerado desde algunos sectores como un riesgo para la unidad del movimiento feminista y sus aspiraciones.

Mouffe (1993) señala que solo a partir de la comprensión de que los agentes sociales están constituidos de manera precaria, múltiple y contradictoria de un conjunto “de posiciones de sujeto”, que permiten su sobre determinación, pero también sus desplazamientos y subversiones, generándose posiciones totalizantes en un campo que es abierto e indeterminado, será posible pensar en una democracia plural y radical, como señala:

Abogamos, por la necesidad de establecer una cadena de equivalencias entre las diferentes luchas democráticas, para crear una articulación equivalente entre las demandas de las mujeres, los negros, los trabajadores, los homosexuales, y otros (1993, p.5).

Principio de equivalencia democrática en la que no se anulan las diferencias. Plantea entonces la necesidad de construir un “nosotres”, y un ellos/ellas en las diferencias y en el conflicto.

Nos encontramos, como señala (Fernández, 1997), en un campo de problemas, dentro del cual situamos al sujeto en una relación, un vínculo con el “Otro” de la cultura. El mundo actual muestra que el malestar en la cultura se tramita cada vez más a través de las configuraciones del otro anónimo, no referencial, fragmentado, errático; en este sentido – paradójicamente– inexistente, ya que produce efectos: posición de inexistencia de

subjetividad. (Dimarco, 2006). Las redes sociales de algún modo dan cuenta de esta fragmentaria experiencia del otro y del sí mismo infinitos, donde existe una fantasía de vínculo efímero donde las imágenes se suceden unas a otras sin las piezas faltantes, como una cartografía sin territorio. Al tiempo que hay discursos homogeneizantes que cooptan los cuerpos, las estéticas y las luchas de los colectivos, aparecen múltiples formas que desencarcelan las antiguas y binarias formas de construir la familia, el amor, las identidades, pero sobre todo nos obliga a pensar cómo se van transformando los dispositivos de poder que intervienen en la construcción de diferentes e históricas maneras de subjetivación. Desde esta perspectiva, es indudable que debemos pensar en las resistencias, en los imaginarios instituyentes, radicales, pero sin una “idealización” o romantización de la explosión de las diferencias que trajo la maquinaria posmoderna “que tuvo efectos claramente liberadores, pero que puede ejercer otros de dominio” (Amigot, Pujal 2006, p.103).

Es indudable que no todas ni todos transitamos de la misma manera por el armatoste genérico sexual así como no todas/todos resistimos de la misma manera los corsés de las relaciones de género y el deseo. Desde la singularidad de la construcción subjetiva y la propia forma de significar y habitar esas normativizaciones, hasta las desiguales formas de vivirlas en contextos de clases, razas, generaciones con desiguales experiencias de opresión. Estamos pensando entonces en sujetos constituidos subjetivamente:

No sólo por la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales, un sujeto en-gendrado también en la experiencia de relaciones raciales y de clase, además de sexuales; un sujeto, en consecuencia, no unificado sino múltiple y no tanto dividido como contradictorio (De Lauretis, 1998, p.8)

En este sentido, si consideramos la construcción de género como una de las principales estructuras desde dónde se articulan las subjetividades generizadas, racializadas y de clase, pensamos en las construcciones subjetivas, en un sistema sexo género que interpreta la diferencia sexual de manera jerarquizada y binaria, los que aunque cambien en cada cultura, “está siempre íntimamente interconectado en cada sociedad con factores políticos y económicos” (De Lauretis, 1996, p.11). Diremos entonces que la construcción de las

subjetividades generizadas, son tanto el producto, como el proceso de esa construcción subjetiva.

Producción de subjetividad, será entendido entonces como el proceso de construcción en un “entre”, el espacio de sujeción al que nos encontramos más o menos anudados por esas determinaciones y un resto que siempre queda fuera y que permite los agenciamientos de lxs sujetos, permite la creación y transformación constante, la que hace que la sociedad se transforme en movimientos instituyentes, imaginarios radicales (Castoriadis, 1997) siempre en tensionando el presente. Ese resto, ese exceso, el que genera malestares, interpelaciones por fuera del sujeto del disciplinamiento (Foucault, 1975).

En esta tesis las transformaciones subjetivas, aparec1997en como uno de los campos más importantes y a veces menos considerados para imaginar nuevas formas de pensar la vida y nuestra relación con el mundo. Vivimos en tempos complejos respecto a comprender las nuevas formas de dominación o las transformaciones y la metaestabilidad del sistema sexo género hegemónico (Amorós, 1994)

Las transformaciones que han operado en los últimos años producto de la mayor presencia de las mujeres en diferentes campos, así como las luchas de los movimientos feministas en el mundo, las transformaciones en relación a los corsé del deseo y la emergencia de los movimientos LGTBIQ+, junto a expresiones de la sexualidad en las adolescencias y juventudes, menos atadas a los binarismos sexo genéricos, han aparecido como una liberalización de la sexualidad que, podríamos pensar hace estallar el dispositivo de control sexual de los siglos pasados. ¿la liberación sexual es una ganancia o una dádiva del sistema neoliberal actual? La imagen de la mujer moderna, trabajadora, “empoderada” (aunque explotada por la doble jornada laboral), qué duda cabe, es un triunfo parcial en lo que respecta a la autonomía de las mujeres, sin embargo, en Latinoamérica, una mayoría de mujeres vive en la premodernidad, donde la explotación y la subordinación aún no se traviste de la ilusoria pero conveniente imagen de la mujer profesional, exitosa, apropiada de su cuerpo y su sexualidad.

En esta misma línea, podemos pensar lo que autoras como Yudersky Espinosa e Iris Hernández (2016) han planteado en torno a la agenda de las disidencias sexuales muy

presente durante en las últimas décadas, tanto así, que se convirtió en un campo en disputa política y académica:

Desde mediados de la década de los noventa, con el giro posestructuralista y queer, en América Latina comienza a configurarse lo que he nombrado una nueva verdad sobre el género y la sexualidad que tendrá efectos inmediatos en los énfasis del debate y de la agenda política, así como en la definición y ampliación del sujeto del feminismo y de los movimientos de liberación sexual. (p. 160)

Ambas autoras, problematizan la agenda del feminismo y de los movimientos de la sexualidad en el Estado profundizando y radicalizando la crítica que los feminismos autónomos hicieron en la década de los 90. Mientras durante esta misma década en países como Brasil emergía una potente alianza entre mujeres afro, en gran parte de los países de la región, especialmente en su vertiente académica, se instalaban las propuestas vigentes en EEUU y Europa lideradas por autoras como Bulter, Preciado, Scott, entre otros, que a juicio de la autora, se convirtieron por un tiempo en la preocupación central de los feminismos. Lamentablemente “el feminismo postestructuralista y la teoría queer, centrada en el estudio específico de las sexualidades y géneros no normativos, volverían a limpiar de subalternidad de clase y raza la categoría de género” (Espinosa, 2015, s/n).

En Chile, la irrupción organizada del movimiento feminista de Mayo 18, así como posteriormente a poco más de un año el estallido social del 18/O, pone en entredicho, o al menos nos hace imaginar, que existe un camino distinto al derrotero del sujeto posmoderno incapaz de asumir luchas que trasciendan sus reivindicaciones individuales. Gran parte de los postulados de las agrupaciones feministas en las calles relevan la indisociable alianza entre Patriarcado y Capital. Así también el Estallido Social, son expresión del hartazgo que, aunque plantea un abanico heterogéneo de demandas, tiene como trasfondo la crítica profunda al modelo neoliberal. El necroliberalismo en el centro de la destrucción de la vida en todas sus dimensiones. “*No era depresión, era capitalismo*”, refleja la crisis de la satisfacción parcial de los deseos, del bienestar humano y del buen vivir. Para Lipovsky (1995), los movimientos sociales de las últimas décadas, solo reflejan la profundización de la “era del vacío”, en la que la profundización del modelo individualista, no se contradice con las sensibilidades diversas respecto a los derechos de los seres humanos y por tanto que

puedan abrazar luchas colectivas en defensa de “otros”. Sin embargo, plantea que, en esta era, esas luchas no son más que impulsos que no logran concertar críticas profundas ni organizaciones duraderas que impliquen un compromiso sacrificial por esas luchas. Por lo mismo son abandonadas rápidamente.

Si bien es cierto que el proyecto capitalista es reducir a único “lazo” significativo el del sujeto con los objetos de consumo (Lacan, 1970), dentro de lo que, las tecnologías del yo, permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre el cuerpo y el alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo como resultado una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto grado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad (Foucault, 1990, p.48). Un “capitalismo del yo”, le llamó Illouz, una forma de convertir en mercancía el propio yo.

La relación del yo con los otros deviene allí pura rivalidad entre semejantes, homogéneos, solo diferenciables cuantitativamente. El mercado transforma a todos en competidores. Siguiendo a Lacan, podemos ubicar allí los celos, la envidia, el odio y la agresividad como los afectos fundamentales. No se trata de yo y el otro, sino de yo o el otro (Nepomiachi, 2019)

Los sujetos hoy más que nunca en el tecno capitalismo, o “enjambre digital”, como denominó Byung-Chul Han (2014) al momento que vivimos, el poder interviene en los procesos psicológicos inconscientes a través de un panóptico digital, que vigila, controla y mueve a los sujetos no desde fuera, sino desde dentro, generando como nunca comunicaciones, informaciones, en las que el cuerpo del intermediario/a no aparece en la escena, ha desaparecido como materialidad y solo queda como imagen retocada, artificiosa, idealizada del sí mismo.

En este sentido, el cuerpo de la mujer hipersexualizado, a juicio de Illouz, se ha integrado a las formas actuales de dominio capitalista, las que conciernen a la mirada, la que reconoce la belleza, y que da a algunas mujeres una sensación de empoderamiento, pero que en muchos casos responde a lo que se ha llamado agenciamientos de deseo (Illouz, 2009).

4.4 **La rebelión contra los sistemas de desigualdad entre los sexos: huellas indelebles en las memorias venideras.**

“Tocan a una, tocan a todas”

El movimiento estudiantil universitario de las últimas décadas no había tenido una postura política feminista. La llegada de una de las más importantes líderes universitarias a la presidencia de la Fech Camila Vallejo (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile) el 2010, y que fuera objeto de múltiples ataques misóginos durante el protagonismo alcanzado en el importante movimiento estudiantil del 2011, no tuvo en su agenda política, por ejemplo, el fin de la educación sexista. No obstante, no podemos ignorar que su presencia y fuerza política tuvo impactos en el imaginario social respecto a las mujeres ocupando cargos de representación y poder. A 8 años de las consignas *“educación gratuita y de calidad”*, emerge un movimiento que en sus inicios se podría haber encapsulado en el espacio limitado, y en algunos casos segregado, del mundo universitario. No solo desde una composición de clase sino también respecto a las generaciones que encarnaban esta movilización.

De acuerdo al Centro de Estudios de Conflictos y Cohesión Social (COES), es posible observar cómo en los últimos 10 años se produce un sostenido aumento de los conflictos de género en relación a otro tipo, pasando de representar un 1,3% el 2009 a un 8,5% el 2019 (Sepúlveda, et. al., 2019).

No podemos olvidar el fallido intento de Bachelet en su segundo período (2014-2018) por cambiar la constitución heredada de la dictadura cívico militar de Pinochet. Durante el 2016, como parte del proceso se realizaron numerosos cabildos, muchos de los cuales fueron autoconvocados. A partir de las actas públicas de la sistematización del material recopilado, se observa que dentro de los 7 temas centrales en los que se agrupan las preocupaciones generales de la población no aparece la igualdad de género, ni la especificidad de minorías como las disidencias o diversidades sexuales. Solo cuando se miran los resultados de las consultas individuales, aparece la justicia e igualdad de género, pero solo desde las propias mujeres y los grupos etarios más jóvenes, entre los 14 y los 27 años (Comité de sistematización, 2017), lo que nos habla de un importante cambio generacional en ciernes,

dentro de los cuales, el movimiento ni un a menos tuvo un enorme impacto, vinculado a las temáticas que dieron origen a este efecto dominó a nivel universitario y social.

Fueron el resonar de las experiencias de violencia y abuso cometidas por compañeros y docentes dentro de los espacios universitarios, los que habían iniciado este movimiento incluso unos años antes. La academia, como la sociedad, espacio donde conviven los “iguales” mantuvieron entre sus pactos como condición de existencia la repartición, hegemonía y dominio de las “idénticas” (Amoros, 1987), reproduciendo las lógicas heteropatriarcales.

El movimiento estuvo marcado por un desencadenamiento de tomas en universidades públicas y privadas a lo largo de todo Chile y de grandes movilizaciones y marchas que convocaron y traspasaron los límites de su propia articulación. Las marchas, por fuera de la institución universitaria, con efectos multiplicadores, salen de la academia y se instalan en las calles, en las discusiones políticas, en los medios de comunicación de la farándula, los que recogen fundamentalmente las temáticas vinculadas al acoso y la violencia hacia las mujeres.

Pero la revuelta feminista, y la demanda de las estudiantes por una transformación radical de la educación y las prácticas sexistas en su interior, llevó a plantear como una nueva ola. Sin embargo, esta perspectiva de algún modo eclipsa los procesos que venían gestándose de maneras fragmentarias, pero interrumpidas por parte de las luchas del movimiento. Entre los más reconocidos por su acción en el campo social en términos de su impacto, destacan Entre las demostraciones públicas más relevantes, la autora destaca: la marcha por la liberación de la píldora del día después, en septiembre de 2007 (con aproximadamente 15 mil participantes); la movilización por aborto libre, seguro y gratuito, en 25 de julio de 2013 (con asistencia de 10 mil personas, según las manifestantes) y cuando las feministas irrumpen en la Catedral de Santiago; las manifestaciones en contra la violencia hacia las mujeres, en 2015, convocadas por el movimiento ‘Ni Una Menos’, surgido en Argentina; por fin, en 2016 y 2017, el tema del aborto vuelve a ser central en las marchas feministas, estimulado por la tramitación del proyecto de ley que despenaliza el aborto en tres causales (Lamadrid, 2019).

La facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, sin embargo, tuvo un papel protagónico en lo que fueran las denuncias públicas hacia docentes por acoso sexual.

El lugar dónde se concentraron estas denuncias fue dentro de la carrera de Historia y comenzaron el 2015 teniendo el 2016 y 2017 importantes movilizaciones y tomas que terminaron con sumarios y finalmente con sanciones a docentes renombrados, pero con un largo historial de abuso y acoso sexual en otras universidades. En ese momento, quedó en evidencia cómo en la academia los temas relativos al género, la violencia hacia las mujeres, el acoso sexual, entre otras cosas, aparecía como algo fuera de las prioridades político-sociales que debían tener los estudiantes y las autoridades, cuestión que en esos años, polarizó la discusión entre autoridades y colegas dentro de la universidad. La cultura de izquierda o progresista, ya lo decía Kirkwood (1986), estaba lejos de ser sensible a las demandas de las mujeres. En el contexto de lo que fue uno de los principales antecedentes de las tomas feministas el 2018, una estudiante de la Facultad de filosofía de la universidad de Chile señala:

En mi primera asamblea de carrera de la universidad de Chile, lo primero que me compartieron mis compañeras de generaciones más grandes, fue que estábamos en un proceso de movilización diferente, ya que una compañera dos años más grande que nosotras, mechonas, había denunciado por acoso a un profesor del Departamento de Historia, la decepción y la angustia de que había entrado a un lugar que no era el esperado me inundó. Me di cuenta que la violencia estructural que vivimos las mujeres estaba presente en la casa de estudios que todos me hablan ofrecido como la mejor y más pluralista e inclusiva, etc. A partir de aquí todas juntas quisimos formar de verdad una universidad que nos protegiera y previniera el acoso, el abuso y la discriminación, así que nos movilizamos hasta el día de hoy por una universidad feminista y disidente (Benavente, 2018, p.148) .

Estudios realizados en la propia Universidad de Chile, en la última década, (Oficina de Igualdad de Oportunidades de género 2014, Generam 2011), venían mostrando la estructura de desigualdades en la producción de conocimiento, techos de cristal, muro de cristal, división sexual del trabajo dentro de la academia, el uso del tiempo como una de las desigualdades más persistentes y transversales, dentro de la casa de Bello. Aunque no se había puesto el acento en los problemas de acoso sexual hacia las estudiantes, funcionarias o docentes de la institución, se habían visibilizado las

violencias y discriminaciones hacia las mujeres y diversidades sexuales en instituciones hipermasculinizadas como la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (FCFM).

Hasta Mayo 18, el sufrimiento de las mujeres provocado por las violencias, aún era vivido como algo privado, en la esfera de lo íntimo, en muchos casos no solo silenciado sino naturalizado. La denuncia pública, desanuda la relación culpa, vergüenza y victimización de los fenómenos del abuso, el acoso y la violencia naturalizada como parte de los complejos procesos de desigualación y subordinación. El fenómeno vivido en las distintas casas de estudio, en particular en la Universidad de Chile, dejó en evidencia que el acoso sexual era experimentado por las mujeres de los tres estamentos, mayormente por las estudiantes, cuyos victimarios fueron en primer lugar académicos, seguidos de estudiantes y luego funcionarios. Resultados arrojados por estudio realizado el 2019 por la DIGEN (Dirección de Igualdad de Género de la Universidad de Chile).

El movimiento feminista de Mayo 18 con fuerza instituyente, producto de la que podríamos llamar una grieta cultural, social, subjetiva por donde emerge un discurso y prácticas subversivas, heréticas (Bourdieu, 2001), que han sido posible gracias a la acumulación invisible pero constante de un capital crítico, así como de un malestar transgeneracional en torno a las violencias de género, estalla en la academia, emergen los relatos de abuso y acoso. La vivencia de las estudiantes, antes solas y silentes frente al abuso, hace eco no solo entre sus compañeras sino en múltiples y diversas mujeres de todos los sectores y todas las edades, traspasando los muros de la institución.

El correlato al Mayo Feminista y su fuerza instituyente se toma las pantallas televisivas y los programas faranduleros abordan las problemáticas haciendo de sus pantallas un escenario en los que se habló de violencia y en el que las propias conductoras de tv se declararon “feministas”, así mismo marcas comerciales utilizan las estéticas feministas para vender sus productos. Hacía unos pocos meses la palabra feminismo se usaba como sinónimo de “feminazi” en amplios sectores de la población, con una fuerte carga peyorativa. De esta manera, no fue extraño que, para fines del 2019, a poco más de un año, en pleno estallido social 18/O, el colectivo feminista LASTESIS, con su performance “*Un Violador en tu Camino*”, resonara en las mujeres como el retorno de lo reprimido. Las experiencias de

violencia, en muchos casos sepultadas en la memoria, expulsadas del relato del “yo” y su historia. La catástrofe, el suceso traumático se recompone a través de fragmentos que han sido bloqueados, desplazados. El asalto simbólico a las instituciones y al sistema patriarcal se apodera de las calles de Chile y el mundo. Desandar la cadena significativa de la culpa-vergüenza-miedo abrió caminos hacia la cura en el espacio colectivo, al tiempo que muchas otras iniciaron largos caminos hacia el reconocimiento de experiencias sepultadas. Las situaciones de abuso o los acontecimientos traumáticos como la violación, tienen en muchos casos un estatuto de incerteza o incertidumbre para la propia víctima. Se desplazan por terrenos donde las inscripciones subjetivas de la vivencia y la memoria en muchos casos se ha cerrado en pactos de silencios transgeneracionales. Como señala Despentes:

Hasta ahora la violación era casi siempre una historia personal, la triste historia de una mujer puesta en una situación extraordinaria. Pero con la multitud salimos del cuento de la excepción y la violación toma su forma verídica: no tiene como marco de narración el caso particular (en Gómez 2019, s/n).

Desde las tomas feministas hasta las performance de “LASTESIS” la potencia colectiva de las multitudes fue una vertiginosa transformación de formas, cuerpos, expresiones desbordantes sobre las innumerables violencias hacia las mujeres así como inagotables y creativas formas de denunciarlo.

La acción corporizada (Butler, 2017) de la ocupación de las calles en la protesta feminista adquiere un carácter propio sobredeterminado. Si los cuerpos en las calles son resignificados por las mujeres que marchan, no solo por la presencia y marea de mujeres desbordantes, disputando el espacio también históricamente masculino:

Cuando los cuerpos se reúnen en la calle, en la plaza u otros espacios públicos es lo que se podría llamar el ejercicio performativo de su derecho a la aparición, es decir, una reivindicación corporeizada de una vida más vivible (Butler, 2017, p. 31).

Los cuerpos desnudos de las mujeres, habitualmente objeto de deseo y mercancía de las marcas e industria del sexo, se despliega performativamente en las calles para resignificar su presencia. Las tomas representan un gesto, una acción similar en la medida que se reapropia sin pedir permiso de la academia y de las asambleas.

Hoy, “en lo que parece ser un nuevo ciclo, las demandas adquieren un rostro generacional en los que la construcción del sujeto mujeres-estudiantes se posa en la violencia sexual, con un centro en el cuerpo, pero desplazándose hacia uno de los núcleos del discurso androcéntrico: el modelo educacional sexista” (Montecinos, 2018).

Cuando hablamos de violencias hacia las mujeres, estamos pensando en cada uno de los entramados en los que se sostiene el sistema, sin embargo, es importante señalar, que también el movimiento originado en las universidades chilenas y en los movimientos como #Me Too y otros a nivel mundial, introducen el concepto de “acoso sexual” como una expresión de la violencia sobre la cual se han originado diversos debates. Uno de los más polémicos a nivel latinoamericano fue el generado con la publicación del libro *Acoso. ¿Denuncia Legítima o Victimización?* de la conocida feminista y académica mexicana Marta Lamas, el 2018. “La aspiración inicial del feminismo, que buscó el sexo gozoso y sin culpa, se ha convertido en una denuncia perpetua del trauma de la violencia sexual” (2018, p.116). Para la autora, los logros de la revolución sexual, producto de las luchas del feminismo décadas atrás, habría sido puesto en juego por movimientos como el #MeToo, que serían parte de un feminismo conservador que tomaría todo requerimiento sexual en sinónimo de acoso (2018).

Las problemáticas planteadas por el tema del acoso sexual en particular, fue el desde donde se comenzaron a visibilizar las violencias más crudas, silenciadas y en algunos casos olvidadas. No obstante, es claro que al respecto hay mucho sobre lo que discutir aún. Asistimos a un momento de cambio y no hay un afuera desde dónde mirarlo aún, por lo que tanto para muchas mujeres como varones, dichos cambios que reclaman una nueva forma de relacionarse, frente a lo cual muchos han quedado en actitud pasmada, así como otros recrudescen y reorganizan las formas de violencia de la *fatria*. Será necesario, pensar en todos los ámbitos que se abren sobre estos planteamientos. Cuáles serán los nuevos pactos relacionales, vinculares, que permitan despatriarcalizar el amor, pensar las cuestiones del punitivismo, la responsabilidad afectiva, reinventando nuevos sentidos y conceptos sobre los que pensar las emergentes formas de relacionarnos. Pensar por ejemplo, la “responsabilidad afectiva” y su importancia en una nueva forma de comprender el principio de equivalencia humana y un nuevo trato en las relaciones humano afectivas y amorosas, para

deshegemonizar los afectos contruidos y aprendidos en lo que hemos llamado el amor romántico.

No obstante esas consideraciones, es fundamental reconocer al feminismo la posibilidad que hoy tenemos de nombrar, distinguir y denunciar desde las más invisibilizadas y naturalizadas prácticas de acoso sexual, hasta las violencias femicidas. Que el neoliberalismo encubra nuevas formas de dominación de los cuerpos de las mujeres, sobre todo de las más jóvenes, nacidas bajo las transformaciones que el feminismo ha impulsado en los últimos años y las nuevas formas de subjetivar. En este sentido, la lucha del feminismo implica necesariamente cuestionar “los mandatos de masculinidad” (Segato, 2019), que en los contextos actuales de despojo y “dueñidad” sobre la vida y el planeta, hacen cada vez más difícil cumplir con esos mandatos de potencia y éxito para grandes sectores de la población. Para la autora, la violencia es una de las formas de restauración que tienen los varones para lograr posicionarse en un lugar de poder y validación. Agregaría siguiendo a Errázuriz (2017), una masculinidad que cuanto más exitosa mejor, más necesita/desea acceder a ofertas y exigencias inalcanzables, evanescentes, que van dejando como resto una hostilidad que necesita ser descargada. Parte de la población masculina se ha visto envuelta por la coacción del sistema en la violencia, en el sexo de compra / venta en el mercado, en la delincuencia, abusos, violaciones, tráfico de cuerpos y finalmente femicidios. Como señala Yuderlys Espinoza (2009), el sistema en el que vivimos, en nuestra América, los varones, en su mayoría han sido sujetos de las violencias impuestas desde el colonialismo hasta nuestros días, situación que no podemos ignorar si intentamos comprender que el problema de las, les, los otros, es estar juntos por fuera del orden de lo humano. Acá se anudan las luchas de reconocimiento y distribución.

Los procesos de singularización de los varones adultos contemporáneos se han llevado a cabo en un histórico social caracterizado como patriarcal, esto implica que desde su más temprana infancia se les ha transmitido vía el “baño de lenguaje” y los vínculos con los/as otros/as primordiales que forman parte de un colectivo con mayores prerrogativas sociales, sexuales y económicas que las mujeres en general, incluyendo las de su mismo sector social. Lo cual, entre otras cuestiones, les ha generado estilos específicos de circulación libidinal y constitución del narcisismo (Tajer, 2017).

4.5 Feminismos del Sur: luchas contra las cooptaciones patriarcales, coloniales y neoliberales

“Patriarcado y capital, alianza criminal”

¿Cuáles son los desafíos para los feminismos de Sur?, Cómo pensar la construcción de una ética social alternativa al mercado, la globalización y el neocolonialismo, como un salto cualitativo en la expansión del capitalismo, un capitalismo que, al desvincularse del modelo económico estatal, se convierte en apátrida, un capitalismo sin raíces y sin territorio, que va de acá para allá buscando el máximo beneficio (Julios-Campuzano, 2004).

Podemos hablar de neoliberalismo en América Latina a partir de la instalación de las dictaduras militares en el cono Sur, que a través de la fuerza hicieron desaparecer las ideas revolucionarias emergentes. Su instalación, implicó un proceso lento a través del cual las transformaciones del capitalismo post crisis de los 30, comenzó a configurar su ética a partir del mercado, la competencia que no solo fue un principio económico, sino que se convirtió en una forma de comprender al ser humano exclusivamente como un homo oeconomicus (Foucault, 2008), permeando todas las dimensiones de la vida. Pero a sus procesos de producción de subjetividades, el proyecto neoliberal que se fraguaba para países como Chile desde varios años antes al golpe militar, tiene su referente más concreto en el país al firmarse un acuerdo entre la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chicago el año 1956 para frenar lo que consideraban una enseñanza socialista de la economía en las universidades chilenas. (Gárate, 2012). Posteriormente, Pinochet abrirá las puertas a los *Chicago Boys*, quienes coparán la estructura gubernamental y tendrán la posibilidad que durante casi dos décadas estuvieron esperando, para hacer de Chile un laboratorio de la ortodoxia monetarista, sin trabas sociales algunas dado el contexto represivo-terrorista (Gárate, 2012). El neoliberalismo desató las riendas que constreñían y regulaban el mercado, para dar paso a una desatada acumulación de capital para las elites dominantes, con consecuencias devastadoras para la tierra y sus habitantes. En una fase posterior, la acumulación por desposesión (Harvey, 2003), refiere a la forma a partir de la cual, los y las trabajadoras, sin más propiedad que su fuerza de trabajo, son nuevamente desposeídos a través de la deuda, en lo que se ha llamado el capitalismo financiero. Todas mutaciones que

solo son nuevas formas de acumulación capitalista, la que sigue siendo una “acumulación de trabajo y, como tal, sigue requiriendo la producción de miseria y escasez a escala global. Sigue requiriendo la degradación de la vida humana y la reconstrucción de jerarquías y divisiones sociales en función del sexo, la raza y la edad” (Federici, 2019).

Reflexionar sobre la relación entre Neoliberalismo y feminismo, requiere no solo comprender los mecanismos a través de los cuales ha operado el neoliberalismo, sus mecanismos de poder y de sujeción, sino comprender cómo se articulan en la sociedad actual, desde procesos inconscientes, imaginarios sociales y otros, que de algún modo permean los discursos y las praxis cotidianas, no solo de los feminismos sino de otras actorías sociales o grupos subalternizados.

Esta relación ha sido insistentemente planteada por Fraser (2015) en lo que ha denominado las 3 vertientes de la crítica y lucha feminista a partir de la segunda ola: justicia-redistribución, el reconocimiento y la representación, correspondientes cada una a las dimensiones, económicas, culturales y políticas para pensar entonces lo que la autora denominó la “sociedad capitalista organizada por el Estado de forma androcéntrica”.

Para Fraser, el feminismo de la segunda ola (pensando en el feminismo radical, que no fue el único existente en el período, visión homogeneizante que se le ha criticado a la autora), habría sido una propuesta radical en términos de un programa anticapitalista, antiimperialista que abogaba por una justicia (re)distributiva económica, que con el paso de un capitalismo organizado por el Estado a un capitalismo neoliberal, habría transformado también los proyectos de emancipación feminista.

Para la autora Verónica Schild (2016), las luchas por autonomía económica, física y psicológica, si bien han tenido importantes consecuencias para el “empoderamiento” de las mujeres, de algún modo ha sido subsidiario de la apropiación del neoliberalismo de estos discursos, sobre todo en lo que respecta al ingreso de las mujeres al mercado laboral bajo la consigna de la “conciliación” de vida laboral y vida familiar, sin cuestionar los temas estructurales que en dicha “conciliación” se invisibilizan, convirtiendo la explotación, en un “triumfo” de las mujeres. Bajo la misma lógica, libertades, igualdad de oportunidades, serían entonces el anhelo neoliberal de incorporarse al sistema y gozar de sus beneficios como supuestos aspiracionales.

Los procesos de globalización, inseparables del neoliberalismo y su amalgama de complejas y polifacéticas dimensiones, es la expresión de la consolidación del capitalismo a nivel mundial, tiene como contracara, la posibilidad de que aparezcan fenómenos globales que se opongan, resistan a esta hegemonía lo que se puede articular a la idea una globalización por debajo (Julios-Campuzano, 2004), cuyos colectivos van articulándose en torno a las luchas de resistencia antiglobalización, y que van intentando buscar otros caminos para desandar, “movilizar, concienciar, estimular y azuzar, avivar la llama de un compromiso cívico cuyos rescoldos aún no se extinguieron, introduciendo, en estas lánguidas sociedades del capitalismo desorganizado, el estilete del inconformismo y de la reivindicación y reinventando, con ello, la ciudadanía: espacios nuevos de participación” (Julios-Campuzano, 2004).

Si pensamos los movimientos feministas desde estos reticulados, de espacios microsociales que van construyendo un proyecto de lucha, la mayoría de las veces profundamente crítico al neoliberalismo, podemos pensar en Nuestra América, como espacio de resistencias. Solo para tomar de la punta de un hilo esta idea y de la otra al movimiento feminista de Mayo 18, vemos como el año 2000, las mujeres Zapatistas, declaraban en su lucha “Las mujeres de Chiapas no queremos seguir dando hijos ni para alimentar ejércitos, ni para justificar la violencia y las guerras... Tampoco queremos seguir proporcionando fuerza de trabajo barata para las empresas neoliberales” (Citado por Schild, 2016) y en el 2018, parte importante de las feministas en Chile gritaban *patriarcado y capital, alianza criminal*. El Encuentro Plurinacional de Mujeres que Luchan, en diciembre de 2018, reunió a 1.200 mujeres de todas las regiones, para el que sería la convocatoria a la huelga del 8 de marzo y elaboró un programa de diez puntos que apuntaba a actuar de manera que la cuestión feminista impregnara al conjunto del movimiento social y todas las temáticas que lo impulsaban. Así, las demandas de las inmigrantes convivían en el documento con la exigencia de una “educación desmercantilizada no sexista, anticolonial y laica”; el reconocimiento de la autodeterminación de los pueblos autóctonos con la defensa del aborto “libre, legal, seguro y gratuito” y el “fin de la violencia política, sexual y económica contra las mujeres”⁴.

⁴ Artículo en Le Monde Diplomatique, en el que Alondra Carillo vocera del la Coordinadora Feminista 8 M, se refiere al encuentro Plurinacional. <https://mondiplo.com/marea-feminista-tambien-en-chile>

Una importante genealogía sobre los Encuentros feministas en Latinoamérica entre 1981 y 2014, realizado por Alejandra Restrepo (2016), da cuenta del compromiso del movimiento con las luchas anticapitalistas, así como el reconocimiento a las particulares condiciones de explotación de las mujeres, trabajo fundamental para la genealogía y las memorias feministas de la región.

Tanto en Latinoamérica como el Caribe han sido los feminismos afros e indígenas los que han planteado las complejas articulaciones para pensar *sexo-género-clase-etnia-colonialismo-diversidad sexual*, como una forma de contribuir al análisis de *la praxis feminista* en la realidad social situada de la Abya Yala, que implica reconocer que el conflicto social y político no es sólo una expresión de la estructura económica (Curiel, 2006), sino que requiere una profunda crítica a los Estado Nación modernos. La desigual condición geopolítica de Latinoamérica “ha producido una dependencia ideológica de los feminismos latinoamericanos a los procesos y producción de discursos en el primer mundo definiendo así los énfasis teóricos políticos del movimiento” (Espinosa, 2009); lo que ha obstaculizado la producción de un pensamiento y una praxis situada que partiendo del reconocimiento de esta impronta constitutiva poscolonial que determina indefectiblemente la sujeta del feminismo de la región, así como los objetivos urgentes de su política. Lo que Lugones llamó, el sistema moderno colonial de género entendido como un “fenómeno abarcador, ya que se trata de uno de los ejes del sistema de poder y, como tal, permea todo control del acceso sexual, la autoridad colectiva, el trabajo, y la subjetividad/intersubjetividad, y la producción del conocimiento desde el interior mismo de estas relaciones intersubjetivas” (2008, 79).

Cómo hacer del “problema del otro”, minorizado por los discursos oficiales, no solo una cuestión cultural, de status, sino un problema político-social:

Tenemos que retirar del gueto el problema de la mujer, pensarlo entrelazado como cimientamiento y pedagogía elemental de todas las otras formas de poder y subordinación – la racial, la imperial, la colonial, la de las relaciones centro periferia, la del eurocentrismo y las otras civilizaciones, la de las relaciones de clase (Segato, 2016, p. 98).

Así como una pensar en los movimientos de las luchas vinculadas a los derechos centrados en las sexualidades y los peligros de que ellos sean fácilmente restados de su potencia

contestaria y asimiladas. Iris Hernández apunta su mirada hacia las conexiones entre las agendas de derechos gay y de diversidad sexo-genérica con la legitimación de agendas imperialistas, racistas y neoliberales, señalando que:

El programa político centrado en la sexualidad actualiza la matriz de poder racista, sexista y clasista por omisión, en tanto no contempla ni asume un compromiso en contra de todas las formas de opresión y en tanto sus preocupaciones y estrategias responden a ideales de justicia y bienestar excluyentes y eurocéntricos (2016).

Los riesgos de reducir las luchas de las mujeres y las disidencias sexuales a cuestiones culturales, identitarias, aún cuando son un derecho, puede convertirse en un obstáculo para la constitución de proyectos de cambio social más incluyentes y generalizados. Como señala Galende (2018), las luchas de los subalternos/as, tienen como desventaja, que se enfrentan a la lucha entre la multiplicidad y el uno, “entre las causas que son heterogéneas al interior de una rebelión y la unidad con la que el poder articula verticalmente un proyecto político” (p.223).

En el contexto de Pandemia y la actual crisis mundial, mientras los sectores más vulnerabilizados como las mujeres fueron profundamente dañados, no solo por los retrocesos en términos de inserción laboral y la consecuente profundización de la feminización de la pobreza, sino también el aumento de la violencia hacia las mujeres y una mayor desprotección, producto de los confinamientos, la doble y hasta triple jornada laboral relacionada con la división sexual del trabajo, con las mujeres a cargo de los trabajos de cuidado y las labores domésticas. Para Federici (2018) los trabajos reproductivos, entendidos como aquellas “actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario” (p.21), son parte central de la organización del neoliberalismo, el que, en este contexto de crisis sanitaria y aislamiento, ha superpuesto los límites de lo público y lo privado, así como los del trabajo remunerado y no remunerado con graves consecuencias para las mujeres.

Según estudio reciente realizado en el Chile ante Pandemia, la distribución de mujeres y hombres en el tiempo de trabajo no remunerado, doméstico y de cuidados sin pago, representaba unas 41,25 horas en una semana tipo para las mujeres, de lunes a domingo, en comparación a las 19,17 horas utilizadas en trabajo no remunerado por los hombres

(Fundación Sol, 2020). Según una investigación reciente, entre los años 2018 y 2020 de un total de 131 femicidios reconocidos por SernamEG, sólo el 14,5% de los juicios está concluido y el 51% se encuentra en proceso. En el 27% de los casos los imputados se suicidaron, lo que originó el sobreseimiento. En 2020, en medio de la pandemia, se registraron 151 femicidios frustrados, el número más alto en los últimos ocho años.

En este contexto de dramática precarización de las y los trabajadores de la región, el proceso de concentración de la riqueza mundial no cesó, al contrario, se incrementó. El 1% más rico en el mundo y en Latinoamérica hizo crecer sus fortunas:

Mientras que todos los demás están viviendo con órdenes de confinamiento, tratando de sobrevivir y con el temor de enfermarse, los millonarios latinoamericanos ven como su patrimonio y privilegios van generando más de 413 millones de dólares diarios desde el principio de la pandemia, todos y cada uno de los días (Berkhout et. al., 2020).

Durante ese período, el valor neto combinado de los millonarios Latinoamericanos, en Chile, hicieron crecer sus fortunas de 21.000 millones de dólares a 26.700 millones de dólares según cifras de Berkhout et. al. (2020).

Cómo podemos pensar las transformaciones culturales, simbólicas y su articulación se con las opresiones sociales y materiales que sostienen la dominación y la desigualdad, palabra que como señala Segato (2019), ya no sirve para dar cuenta de los fenómenos mundiales en los que los estados son cooptados por los “nuevos señores feudales”, quienes han hecho del planeta su territorio en un proceso de neocolonización, con devastadoras consecuencias para el ecosistema y las vidas de los pueblos que los habitan. De ahí la importancia actual de los ecofeminismos y movimientos ambientalistas, luchas que cada vez más se han ido feminizando y confluyendo por ejemplo con los aportes fundamentales de los feminismos comunitarios de Abya Yala y con otras perspectivas que se van ampliando cada vez más entre los sectores urbanos y rurales, donde es posible ver cómo en ese campo de problemas crucial para los movimientos sociales hoy, las políticas públicas impulsadas en las últimas décadas, en lo que se llamó la “agenda de género”, no ha logrado generar transformaciones relevantes para la vida de las mujeres, sino más bien ha intentado morigerar los costos sobre sus vidas en términos de seguir sosteniendo el sistema neoliberal.

Luego de Mayo 18, podríamos decir que los cambios en los imaginarios sociales y culturales de Chile, no pueden desandarse, sin embargo, pese a esa masiva adherencia y simpatía mass mediática, resulta fundamental preguntarnos por los correlatos materiales en dichas transformaciones, sin que por supuesto quiera señalarse aquí que una es efecto de la otra de manera unidireccional, sino lo contrario. Las demandas instaladas desde el Mayo 18 y el Estallido social venían dando cuenta de una crisis, particularmente para las mujeres, a las incumplidas promesas de derechos sexuales y reproductivos, sino a su vez frente a derechos humanos y sociales postergados durante 30 años de postdictadura y a casi cinco décadas de instaurado el modelo que ha vulnerado de forma dramática la vida cotidiana, la vivienda, las pensiones para la vejez, la educación y la salud, el sistema de cuidados y la seguridad social. Tuvimos la oportunidad de participar de una revuelta, protesta popular que abrió el camino a una “impugnación destituyente” (Carrillos y Manzi, 2020). La potencia colectiva del 18/O trajo profundas transformaciones en nuestro imaginario social, nuevos sentidos, nuevas esperanzas. Quien estuvo ahí comprendió el poder de las multitudes, su fuerza creativa y radical contra el individualismo frenético de la postdictadura. Entre ese momento instituyente y la Pandemia, la fuerza de la represión brutal e impune de las Fuerzas Armadas chilenas, el estado de emergencia y el miedo a la Pandemia, las luchas persisten por una Constitución Feminista y Plurinacional, que entierre de una vez ese pacto sostenido durante 30 años de una democracia procedimental y neoliberal. La presencia de feministas participando en el proceso eleccionario a la Constituyente, nos muestra que, del 2018 a la fecha, asistimos a un importante momento de organización y politización del movimiento.

V ANÁLISIS: IMAGINACIÓN COLECTIVA Y DESEOS INSTITUYENTES

5.1 Ethos asamblearios, tomas separatista, espacios a salvo.

Las separatistas son las verdaderas chicas “malas” en un sistema de supremacía masculina (Jeffreys, Sheila).

Las críticas a las separatistas provinieron de múltiples sectores. En un comienzo fueron tomas y más tarde convocatorias a marchar, como sucedió el 8 de marzo del año siguiente al inicio de la Rebelión Feminista, donde se solicitó a los varones, abstenerse de asistir. Hay que señalar que no todas las tomas lo fueron y que algunas mutaron en ello luego de un tiempo siendo espacios mixtos. La reflexión en torno a su origen y la necesidad de existencia de espacios “separados” tiene una historia antigua de debates y perspectivas que una vez más nos muestra la diversidad del pensamiento, así como del colectivo de mujeres feministas. En Chile, el 2018, el tema comenzó a ser discutido incluso en los medios de comunicación de masas. Lo que parecía una aberración para muchos, una amenaza, surge en menor medida como una postura política elaborada como en los planteamientos del feminismo radical de autoras como Sheila Jeffreys que aboga por el separatismo del feminismo y del feminismo lésbico en particular, en una sociedad patriarcal en la que:

Naturalmente la separación feminista no es más que el total de las diversas formas o maneras de separación respecto de los varones y de las instituciones, relaciones, roles y actividades cuya definición, predominio y modus operandi favorecen a los varones y a la conservación del privilegio masculino. Son las mujeres quienes inician o perpetúan a discreción esta separación. (Frye, 1983, p.96)

Estas reflexiones provenientes del feminismo radical lésbico, nos permiten tender un interesante puente varias décadas después en el Chile del siglo XXI. A través de las entrevistas, podemos apreciar que las tomas no tuvieron en la mayoría de las universidades un carácter separatista como parte de un programa o una apuesta política clara, sino más bien que esta se fue gestando en la medida que el propio colectivo fue encarnando el movimiento

y sintiendo que los territorios eran espacios de disputa, así como cuando percibieron el enorme abismo que había entre sus vivencias de violencia y subordinación y las dificultades para transmitir esas experiencias al colectivo masculino, aun cuando estos se sintieran afines a las causas del movimiento.

“Los compañeros cedieron... y nos dejaron conducir la asamblea... es como si hubiéramos tenido que pedir permiso...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

“Estar explicándoles una y otra vez es agotador...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Audre Lord señalaba que a las mujeres hoy aún se nos pide que “salvemos el abismo de la ignorancia masculina” (2003, p. 119), educándolos para que nos reconozcan.

“Nos contaron compañeras de la Chile, en una [toma] que no era separatista, las mujeres decían que cuando estaban los hombres se daba una lógica más violenta... de quien habla más fuerte...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Es interesante ver que, de algún modo, el aprendizaje sobre las necesidades propias del colectivo organizado en cada institución educacional fue producto de un proceso reflexivo. Hacia el inicio de las tomas, la mayoría de las participantes, no tenía una adscripción política o activista vinculada a organizaciones feministas, por lo que mucho respecto al esclarecimiento de su posición en la sociedad patriarcal, fue producto de las resonancias de las más entendidas, o simplemente del hacer visibles las históricas experiencias de subordinación naturalizadas por las instituciones patriarcales.

“Nos dimos cuenta que cuando una quería decir algo, tenía que explicarlo todas las veces que fuera necesario... y que cuando un hombre dice lo mismo que tú querías decir, a ellos sí se les comprende” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

La experiencia de la invisibilidad o de la ilegitimidad del discurso femenino opera incluso dentro de los propios espacios asamblearios. La “*habilitación*” para hablar y participar es parte de lo que se descentró en los procesos de tomas. El espacio construido permitió hacer explícitas una serie de prácticas propias de las aulas de clases, de los espacios políticos y

otros donde el discurso femenino es silenciado o donde opera la autocensura producto de un aprendizaje histórico, de los habitus al decir de Bourdieu (1988).

“...en un comienzo no lo hicimos separatista, sino con el apoyo de los chicos que sabían nuestros problemas... pero al poco tiempo empezamos a presentar una serie de problemas a nivel estudiantado... y nos sentimos susceptibles” (Estudiante en toma, Universidad Austral)-

“Cuando la hicimos separatista... cambió el ambiente interno y empezamos a trabajar de manera más organizada” (Estudiante en toma, Universidad Austral).

“Cuando fuimos hablando cómo se nos pasa llevar a los géneros, y le dijimos a los chicos que necesitábamos nuestro espacio... pudimos discutir los problemas mejor, los problemas no eran solo de origen vertical... estudiantes/ profesores sino horizontal... los problemas los tienen las funcionarias con los funcionarios y las académicas con los académicos y nosotras con los estudiantes... nuestros compañeros que a futuro van a ser nuestros colegas”. (Estudiante en toma, Facultad de Arte, Universidad de Chile)

Lo relatado por las participantes de las tomas, da cuenta de un importante proceso de subjetivación y transformación. La emergencia del “sujeto feminista femenino” (De Lauretis, 1996), sexuada, que habita un cuerpo y hace de esa existencia un acto ético-político, para lo cual fue necesario un proceso de reconocimiento y apropiación de la palabra propia y de la compañera. En la “separación”, hay un gesto político de rehabilitación de la diferencia sexual, “que permite reconsiderar las demás diferencias: de raza o etnia, de clase, de estilo de vida, de preferencia” (Braidotti, 2005, p.17). En este sentido, resulta interesante pensar respecto a cómo las mujeres por un lado fueron necesitando espacios de escucha en los que pudieran ser reconocidas las experiencias de subordinación y violencias vividas, así como un acto de develación que no había aparecido en los inicios del movimiento con fuerza: las situaciones de violencia no solo venían desde las relaciones más jerarquizadas dentro de la institución universitaria, sino que al interior de los propios estamentos. En ese sentido, los compañeros varones, comienzan también a ser identificados y acusados en los relatos que aparecen en los encuentros de mujeres.

“Lo más “brígido” de todo fue tener que vetar compañeros y profesores... porque había compañeras que se sentían incomodas... y para nosotras era válido... no se si lo hicimos de la mejor forma, pero fue lo que teníamos en el momento” (Estudiante en toma, Escuela de Arte, Universidad de Chile).

“Fue una medida de autoprotección” (Estudiante en toma, Escuela de Arte, Universidad de Chile).

Pero los separatismos tuvieron otras expresiones también dentro del movimiento, aunque claramente no fueron las más comunes. La toma de la UMCE según algunas de las participantes de otras universidades y las propias entrevistadas de dicha casa de estudios, comentan, fue una de las más radicalizadas en una perspectiva separatista, que buscaba dejar fuera, no solo varones sino también mujeres que no fueran afines al pensamiento y movimiento. La toma de la UMCE fue una de las que se mantuvo más tiempo y a la vez tuvo una forma de organización y lucha más radicalizada, lo que fue produciendo desgaste y pérdida de apoyo en parte de las estudiantes que al inicio participaban. Respecto a esto, si bien se requeriría indagar con mayor profundidad y con más actores, es posible pensar en el peso de su historia, sus prácticas, conflictos, composición, así como posiblemente mayor presencia de un activismo más politizado y organizado, no solo político, sino feminista.

“esto fue de un día para otro, muy sorprendente, no fue algo que se discutiera ni que se pregunte en las carreras, fue como de la guata de un grupo de mujeres que una noche llegaron y se tomaron este espacio” (Estudiante en toma, UMCE).

“Al principio me emocionó mucho como se dieron las cosas y esta explosión que hubo de hacer visible las diferentes situaciones que habíamos vivido, pero en el mismo peda yo no sentí que hubiera una apertura a considerar las diferentes perspectivas, era muy liderado por un grupo en especial que era difícil romper esa barrera e ir más allá y que te consideraran en realidad” (Estudiante en toma, UMCE).

“...yo siento que fue una disputa política, no fue algo tan transversal o no convocó lo que debía haber convocado producto de que seguía con esta lógica de disputa”. (Estudiante en toma, UMCE).

Desde la percepción de estudiantes que participaron en la toma en sus inicios, pero luego se replegaron, la conflictividad al interior de la toma por las disputas de poder, fue parte de una lógica instalada desde antes en los espacios de participación estudiantil. Si bien esos espacios eran liderados por varones, las disputas no terminaron en los meses que siguieron al inicio de la toma.

“...en el pedagógico igual se evidenciaba una crisis tremenda de participación, y yo creo que en muchas partes está sucediendo lo mismo, pero estas situaciones que se daban de peleas entre piños para llevar la batuta es lo que más hacía que a gente se alejara de participar” (Estudiante en toma, UMCE).

“...en la asamblea que se estaba formando de mujeres, había grupos que plantean que había ciertas mujeres del peda que no podían entrar al espacio, porque pertenecían a partidos políticos que no representaban los ideales de la toma. Entonces para mí esa fue una de las primeras cosas que fueron extrañas, yo fui a una toma que nació de un grupo de personas que se supone que estaban buscando la igualdad bajo el nombre de una toma feminista, y no me calzaba en mis ideales que una toma feminista” (Estudiante en toma, UMCE).

El proceso vivido en el ex pedagógico fue reconocido entre otras universidades por sus características, dentro de las cuales se menciona la violencia.

“En los espacios como la UMCE ha sido complicado... en espacios donde ha habido más feminismo y discusiones desde antes, ha habido más violencia visiblemente...” (Estudiante Universidad de Talca).

Así mismo el uso de la violencia, parece ser más rechazado dentro del movimiento. Las estudiantes entrevistadas sienten que de la toma en su universidad:

“...al final lo único que quedó de eso fue un incendio, muchos meses sin clases... cambios de forma y no de fondo... ni siquiera ha habido sanciones a los acusados” (Estudiante en toma, UMCE).

El separatismo total o parcial de los espacios tomados por las estudiantes, se convierte en un desafío y redefinición de las codificaciones ontológicas ancestrales respecto no solo a ocupar

el espacio del “ágora” griega (literalmente es el nombre que algunos espacios académicos son denominados en nuestras universidades) así como la asamblea rousseuniana (Amorós, 1987) sino que los varones son relegados de un lugar de predominio, que real y simbólicamente ha sido su espacio por derecho propio, generación tras generación.

La toma de La Facultad de Ciencias Sociales (FACSO) de la Universidad de Chile, también fue separatista,

“...podían entre ellas, elles pero no ellos” (Estudiante en toma, Facultad De Ciencias Sociales).

Al tiempo de iniciada, abrieron espacios territorialmente distintos, para que pudieran participar los varones dentro del campus, sin embargo, según señalan las estudiantes, “no hubo participación”, ni tampoco fue parte de sus objetivos insistir o convocarlos de manera persistente.

El separatismo dentro del feminismo ha sido una práctica-ético política pero también ha sido una necesidad espontánea de muchas orgánicas de mujeres, no necesariamente feministas, así como una obligación que ha operado como segregación en espacios laborales, de maternaje, redes comunitarias u otras, en las que solo mujeres participan. Las disputas de feministas más radicalizadas y más orgánicas en nuestro país, pusieron en la mesa un importante factor relativo a cómo operan “separatismos” que son más bien segregaciones dentro de las propias mujeres y cómo en las luchas que detonaron en las universidades, su estallido logró alcanzar expresiones que apuntaron a las raíces profundas del sistema neoliberal donde el despojo y vulneración de las vidas, afecta sobre todo a las mujeres. Este estallido, se puede ver en la multiplicación de encuentros, marchas, debates, más allá de las universidades y las tomas, las que se multiplicaron en Chile con fuerza durante todo el 2018 y hasta la actualidad.

Las luchas feministas del movimiento en las calles, congregó una multitud de perspectivas y luchas diversas, que representa como en la realidad, los múltiples ámbitos en los cuales patriarcado y capitalismo han profundizado y complejizado sus mecanismos y ámbitos de explotación. Estas luchas desde las experiencias no pueden ser desexualizadas o sin clases, razas, sin cuerpos. El encuentro de esa multiplicidad solo se produce en el mayo feminista

cuando sale de la toma y la academia traslada su lucha a las calles o a los múltiples espacios que a partir de este movimiento comenzaron a articularse o retomaron fuerza en luchas, que para muchas mujeres articuladas o no, se gestaban en diferentes espacios microsociales.

Silvia Federicci, en el encuentro de la Universidad de Santiago de Chile durante el 2018, plantea que las preguntas y los análisis sobre la sexualidad, qué son las relaciones sexuales, la maternidad, la procreación y muchos otros temas, nunca hubieran sido posibles de elaborar en espacios mixtos. Esto, en la historia del feminismo ha sido uno de los cambios epocales más importantes en su configuración.

5.2 Espacios de resignificación: las posibilidades de lo colectivo y lo singular.

“La guerra contra la tiranía del silencio” (Audre Lord)

“Aprendí que esta boca es mía y no se calla” (Julieta Paredes)

Romper el silencio es nuestra forma de sanación. Decía Julieta Paredes sobre las violaciones que han sufrido las mujeres indígenas. Si hay algo que insiste en los discursos de las estudiantes participantes de las tomas, es que fue necesario cerrar las puertas y convertirse en el colectivo de *las idénticas* primero, como acto de reconocimiento de su posición de subordinación en el Sistema Sexo Género hegemónico, para luego, poder usar la palabra, no solo como gesto de poder, sino para poder decir, aquello silenciado de las experiencias de violencia en las historias de vida de las mujeres. En palabras de Elizabeth Jelin, “para relatar sufrimientos, es necesario encontrar del otro lado la voluntad de escuchar” (2004, p.15).

La construcción de los llamados “*Espacios a Salvo para Mujeres*” (Errazuriz, s/a), tiene una trayectoria larga en la búsqueda de espacios, dispositivos para la atención de la salud mental de las mujeres entre otros, cuyos padecimientos bajo el signo del otrora “*malestar que no tiene nombre*”, puedan por fin ser nombrados, sin invisibilizar las dobles y triples opresiones que sufren las mujeres según su clase, raza u orientación sexual. En Chile, la psicoanalista y grupalista, Pilar Errazuriz, señalaba la necesidad de generar espacios solo de mujeres en el trabajo psicosocial, puesto que el solo juego deconstructivo de las premisas patriarcales opera en las huellas de la subjetividad. En esta tesis, plateo que las posibilidades de reconocimiento

narcisista entre las mujeres en los espacios asamblearios, círculos de mujeres y otras modalidades de agrupamiento, que de manera masiva y extensa en el territorio chileno tuvieron lugar, opera y operó en un juego de resonancias fantasmáticas, no solo para la transformación del imaginario social, sino una transformación en los discursos y las memorias de violencias transgeneracionales en el colectivo mujeres. Estas resonancias, impactaron por cierto en el psiquismo y la salud mental de las participantes directas y las que no tanto, pero además permiten hoy construir un nuevo relato, un nuevo espejo desde el cual las mujeres puedan significar sus experiencias, otorgándoles un lugar en las historia de la “novela familiar” y en la historia social del Patriarcado.

“...estas movilizaciones han sido un espacio constante, estamos todo el día en una dinámica de reflexión, muy distinta a la vida real, afuera” (Estudiante en toma, Universidad Austral).

“..la primera semana fue una semana de llanto... eran círculos de mujeres de reflexión sobre nuestra posición de mujeres en la U y en la sociedad y habría muchas cosas personales, botamos mucho en llanto...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

El papel que la palabra ocupó en los procesos de narración y reconstrucción de sí mismas, como colectivo, “es parte de la transformación del sentido del pasado, que incluye redefiniciones profundas y reescrituras de la historia... Aun sin proponérselo y sin tomar conciencia de las consecuencias de su acción, estas voces desafían el marco desde el cual la historia se estaba escribiendo” (Jelin, 2001). Pasado y presente, crea un puente entre las historias de violencia en torno a las cuales se articulan fundamentalmente las tomas y que trascienden el espacio universitario y obligan a mirar la propia historia en medio de tantas otras.

Comencé a plantearme muchos hechos que me habían pasado, que me habían marcado... pero también me marcó mucho el aprendizaje... (Facultad de Artes, Universidad de Chile).

Fue un espacio catártico. (Estudiante de Universidad de Talca)

Del mismo modo, hubo algunos intentos de replicar estos espacios reflexivos entre hombres, sin que tuvieran el mismo resultado:

“En antropología al principio se intentaron hacer círculos de hombres fuera de la toma, pero nunca resultaba... se fueron disolviendo porque no se daban cuenta de los problemas que ellos tenían, siempre hablaban en tercera persona” (Estudiante participante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

¿Qué lugar ocupa el encuentro, la experiencia en las prácticas políticas de la organización feminista del movimiento del 2018? Es muy probable que dado que, hasta esa fecha, si bien los temas de género habían tomado una mayor relevancia en la agenda pública país, los feminismos se encontraban en un momento que, habiendo tenido precedentes masivos importantes a nivel nacional e internacional en los años recientes, no había alcanzado el grado de organización política, presencia y legitimación suficiente dentro de las universidades y menos dentro de otros espacios más conservadores. Es decir, es probable que un mayoritario número de estudiantes participantes hayan tenido su primer encuentro con los idearios del feminismo, como espacio que interpela y cuestiona toda la organización patriarcal, solo a partir de Mayo 18.

... yo me preguntaba mucho si sería capaz cuando asumí la vocería... escuchaba muchos tecnicismos... y me empecé a sentir más segura levantar un feminismo experiencial... (Universidad de Talca)

Esto por supuesto no es un fenómeno exclusivo de las estudiantes en las universidades, sino que alcanzó una masividad que tocó hasta los espacios más reaccionarios como medios de comunicación masivos, publicidad, política partidaria, etc. Es posible apreciar diferencias intra-país, situándose entonces una visión de la capital como vanguardia donde se comienzan primero a gestar los cambios y en algunos casos, donde las cuestiones territoriales representan diferencias profundas.

“...acá ni siquiera se había discutido de feminismo... es algo completamente nuevo. (Estudiantes Universidad de Talca).

Pusimos anti patriarcal y nos criticaron, que era muy violento. (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Los espacios denominados “asamblea de mujeres” o “círculos de mujeres” se replicaron en todas las tomas y el factor común fue compartir un espacio “catártico” identificador, donde se podría decir que operaron mecanismos propios de la grupalidad, en términos de un colectivo de mujeres, que, a pesar de su heterogeneidad, constituyen el colectivo estudiantes universitarias, donde otras diferencias quedaron clausuradas, o eventualmente no parecen ser tan acentuadas.

“Nos dimos cuenta de que a todas nos había pasado algo...” (Estudiante en toma, Facultad de Artes).

“La comunidad de hermanas (Estudiante en toma, Facultad de Artes).

Cuando íbamos a las asambleas de mujeres, que duraban como 5 horas... lloramos, nos enojamos, nos reímos... (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Aun cuando el colectivo “estudiantes universitarias” parece gozar de cierta homogeneidad, cuando pensamos en las cuestiones territoriales de cada región, las diferencias se acrecientan y se hacen visibles, sin embargo, no operan como obstáculos.

“En las ciudades más grandes quizás hay una cultura de organización que nosotras no tenemos... hay componentes históricos de nuestra región que es un sector de nuestro país de latifundistas, etc” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

“nosotros no somos visibles... no llegan los medios y si llegan son pequeños, locales... no somos las que salimos en las noticias” (Estudiante en toma, Universidad Austral).

“es muy complejo porque las realidades entre las universidades son diferentes, y eso no lo podemos homogeneizar, pero estamos en eso..” (Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

En este sentido, la creación de formas de vinculación novedosas, instauran a su vez nuevas relaciones sociales, justamente allí donde el neoliberalismo ha dañado con mayor fuerza el lazo social. El otro/otra se convierte en una oportunidad de encuentro, para hacer en común.

Lo que ha cambiado, lo que se ha desplazado es la idea de lo personal como sinónimo de privado y lo privado como expresión de un individuo aislado, ensimismado frente al espejo de su propio reflejo.

Nacemos de mujer y “llevamos la marca de esa experiencia durante toda la vida, hasta la muerte... carecemos de elementos que nos ayude a comprenderla...” (Rich, 1986, p.45). En este sentido, lo que ocurre en los espacios creados durante las tomas, tiene efectos multiplicadores en la sociedad, entran en resonancia, no pacíficamente por cierto, ni libre de incomodidades, pero remece, remueve y a partir de esos efectos que pudiéramos situar en intercambio intersubjetivo es que se hace posible pensar las luchas políticas y las cuestiones teóricas. Ha ocurrido un aprendizaje social que podrá ser ligado, tendrá una inscripción simbólica en las memorias que vendrán. Como señala Ciriza (2015), nuestras genealogías, son a menudo “dobles y contenciosas, tensadas por asuntos como el de las lenguas, la ubicación, la racialización de la población nativa y de las personas afro, la clase social, los procesos de occidentalización de nuestra cultura, las selecciones narrativas operadas sobre nuestra historia” (p.84) y los borramientos de las historias hegemónicas. Señala Rich (1986), las y los sujetos necesitamos ubicarnos en el mundo, situar nuestros puntos de vista políticos a partir de una historia propia, densa, plena de vidas individuales, de luchas colectivas, de sueños y derrotas, de herencias conceptuales.

5.3 Lógicas de representación y lógicas de multiplicidad: cuerpos y asambleas.

“Las herramientas del amo, nunca desmontan la casa del amo” (Audre Lord)

Una de las principales formas de expresión política en las orgánicas feministas, fueron y siguen siendo las asambleas. Esto no queda en evidencia solo a partir del análisis de las entrevistadas participantes en tomas de Mayo 18, sino que además es posible seguir viéndolas como prácticas constantes en las convocatorias a participar posteriores a ello, desde múltiples espacios asamblearios, abiertos, para discutir acciones, declaraciones y propuestas en torno a las marchas y a la contingencia nacional.

La gestión de lo colectivo en espacios en los que mayoritariamente se han desplazado las lógicas de representatividad, permitió de algún modo la expresión de los conflictos, las tensiones y ha sido uno de los principales imaginarios instituyentes que prevalecen en sus orgánicas, de manera sincrónica a lo largo del país. Se pusieron en prácticas nuevas formas de hacer, en clave feminista. Formas dinámicas, múltiples que fueron el resultado de un proceso de aprendizaje del tipo aprender haciendo, una especie de *espiral dialéctica* Pichoniana (1985) entendiéndose como un proceso en constante movimiento y transformación que no se cierra en sí mismo y que permite, en el encuentro con el otro/a, cambios tanto de su mundo interno, como del que los/las rodea. Si bien las asambleas, círculos de mujer u otros espacios no tuvieron un “formato” prefijado, ni operaron con un dispositivo técnico o político, de algún modo funcionaron intentando hacer de *lo personal, política*. Esta libidinización de las relaciones y los lazos, tal como señala Julieta Kirkwood (1982) respecto a la íntima y necesaria articulación y complementariedad entre “reconocer”, entendido como la toma de conciencia de la opresión de las mujeres, “conocer” y una praxis orientada a las erradicaciones de dichas opresiones. Sin esta última nos quedamos en el terreno de lo experiencial, de lo personal sin lo político, solo catártica ilusión grupal.

“Nos dimos cuenta de que a todas nos había pasado algo” (Estudiantes en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“Como una comunidad de hermanas” (Estudiantes en toma Facultad de Artes).

“Traer nuestras muestras de amor... construirnos a nosotras mismas y a las demás...” (Estudiante en toma, Facultad de Artes).

Aunque haya una historia común, la de la opresión, las desigualdades hacen carne en los cuerpos y vidas de manera diferenciada. Eso ya lo sabemos gracias a las feministas negras, chicanas, indígenas, etc, desde hace mucho tiempo. En este sentido, la “comunidad” como principio ilusorio o utópico, solo puede servir para generar espacios relacionales en los que sea posible visibilizar las implicancias sociales, políticas y biográficas de cada sujeto. De ahí la importancia de la transformación de aquello que pueda aparecer como ilusión o espejismo de unidad, sea desmontado por las posibilidades de transformar la fantasía de sororidad de una comunidad de mujeres sin conflicto, destinada al fracaso puesto que “los sentimientos no pueden ser la base sobre la que se sustenten las relaciones en la vida público-política”, tal como lo señala la filósofa feminista belga, Françoise Collin, (Collin, 1986), pero sí la posibilidad de creación, de deconstrucción de las habituales formas de dicotomizar de manera excluyente la vida y las ideas, inventar nuevas formas de ser y hacer, pues “sin ese principio regulador de la esperanza, no sólo la moralidad, sino también la transformación radical, es impensable” (Benhabib, 2006, p.259).

La fuerza de la libidinización de las relaciones, en algunos colectivos, podrían correr el riesgo de anular o invisibilizar la dimensión política de dichas experiencias. La toma, cerrada en sí misma corre el riesgo de ensimismarse.

“...era muy distinta a la vida real, afuera... me va a costar volver a lo normal...”
(Estudiante en toma, Universidad de Talca).

No obstante, dentro de las Universidades, las estudiantes lograron construir petitorios y acuerdos transversales con la participación de las diferentes facultades en toma.

Los cuatro ejes a partir de los cuales se articularon los petitorios de manera transversal, dentro de la Universidad de Chile, fueron:

- 1) Educación no Sexista
- 2) Órganos y Reglamentos,
- 3) Financiamiento,
- 4) Articulación Triestamental.

De algún modo, el desafiar la educación sexista, implica tocar las instituciones del estado patriarcal. Como señala Lapassade, (1975) *«la institución es el inconsciente político de la sociedad»*. La educación en general, pero la universitaria en particular, es un espacio de disputa de control del conocimiento y la reproducción de las relaciones sociales, el despliegue de las subjetividades para el mantenimiento de los privilegios de las elites político económicas y androcéntricas. De ahí que la crítica a la educación sexista, de algún modo es la disección de una de las arterias centrales que alimentan el corazón del Patriarcado.

El *continuum de violencia* que viven las mujeres, se podría decir que ha sido el emergente social en torno al cual nacen espacios espontáneos de escucha, al tiempo que la realidad de sostener una toma, requiere necesariamente la articulación de presencias, organizaciones cotidianas algunas de corte doméstico, avanzando paralelamente en la construcción de una agenda política con demandas hacia las autoridades universitarias que apuntan hacia diversos pero confluyentes modos de existencia de las Universidades y la educación sexista en tanto instituciones de producción y reproducción de las tramas ideológicas de la “razón patriarcal”, al decir de Celia Amorós (1991).

Estas transformaciones que operan en nuevas formas vinculares y organizacionales, de ningún modo están exentas de conflicto, sino que se van conformando de una manera en la que su gestión permite hacerles frente sin clausurar, negar o anular.

“Tuvimos la valentía de modificar la forma en la que nos estábamos movilizand...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

“La mayoría de los compañeros que están en la U fueron secundarios en el 2011..”. (Estudiante en toma, UMCE).

“Alguna gente tenía experiencias del 2011.. sobre cómo funcionaban las tomas” (Estudiante en toma, Universidad de Talca)

En el aprender-pensar- haciendo, las estudiantes se preguntaron cómo hacer una toma, cómo organizarse. Las experiencias más cercanas fueron las movilizaciones y tomas del 2011, entonces la mayoría eran estudiantes secundarios, pero en esa búsqueda de referentes, se encontraron con la necesidad de crear los propios.

“Considerábamos que si bien le pusimos toma feminista.. la estructura orgánica que instalamos era muy patriarcal.. había roles con demasiado poder dentro de la toma..ocurrió que propusimos horizontalizar los espacios de trabajo en la toma” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

“Utilizamos herramientas de educación popular para las mesas de trabajo... eso nos llenó de esperanza... poder tener la experiencia de que eso resultaba... qué esa forma era tan productiva como en las otras formas que son violentas y patriarcales...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Las prácticas de resistencia de las/los sujetos colectivos permiten crear distintas significaciones sociales imaginarias que se traducen en otras formas de entender el mundo, lo cual crea también conocimientos que no estaban en su repertorio o que carecían de fuerza y valoración. Imaginario radical al decir de Castoriadis (1987). Capacidad instituyente frente a las lógicas de lo aprendido y naturalizado. Las asambleas, fueron espacios de horizontalidad, que en muchos de los relatos solo pudieron convertirse en ello luego de la salida del colectivo de los varones.

“La palabra horizontalidad no estaba en el discurso de nadie..” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

“Tuvimos cancha libre para descubrir nuestra propia forma de organizarnos, pero por otro fue super desgastante” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Nuestra organización fue horizontal, no designamos dirigentes, voceras.. pero había responsables que se iban repartiendo... (Estudiante en toma, Facultad de Artes).

Sus lógicas organizacionales, descreo de los liderazgos delegativos y de los aparatos políticos en tanto formas de captura de las potencias colectivas, Son horizontales, heterogéneas y deciden entre todas, los caminos de su existencia.

“Las asambleas las dirigía una, otra.. se iban rotando...” (Estudiante en toma, Facultad de Artes).

“Todas las decisiones fueron como asambleas de mujeres, nadie hablaba en representación de..” (Estudiante en toma, Escuela de Artes).

“Primero aseguraremos una forma de trabajo que tiene que ser colaborativa y en FACSÓ se adoptó un espíritu de hacer las cosas colaborativas... y ahora sí podemos articularnos... hacer que la cosa crezca.. primero tenemos que asegurar

una forma de trabajo para no perder la organización” (Estudiante en tomas, Facultad de Ciencias Sociales).

El movimiento, no solo en las tomas sino en las calles desplegó una potencia de cuerpos y emociones capaces de politizar y desafiar los espacios públicos. La emergencia de afectos, pensados como capacidades corporales que afectan y son afectadas, en este caso no para su paralización, sino para el aumento de la capacidad del cuerpo para actuar, para comprometerse, o conectar. Son afectos que actúan. La emblemática imagen de la estudiante de la Universidad Católica que se antepone con su torso desnudo a la del papa Juan Pablo II⁵, provocó encendidas discusiones en las redes sociales, pero también dentro de los medios de comunicación se abrieron debates sobre la legitimidad o no de dicha forma de protesta.

5.4 Proyecto emancipatorio: esperanzas y desesperanzas. Los feminismos entre el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo.

“Patriarcado y capital, alianza criminal” (Consigna feminista).

“El Propio Acto de Unirse Implica Perseverancia y Resistencia” (Judith Butler)

Durante los años previos a Mayo 18, se podía apreciar una escasa articulación feminista, la que se expresaba en una fragmentación movimentaria que aun cuando fue generando las condiciones de posibilidad que dieron origen al 2018, su escaso poder coalicional y el todavía presente rechazo social a los movimientos o mujeres denominadas “feministas” hacían que sus luchas se visibilizaran en torno a algunos ejes puntuales, que luego desaparecían de la agenda pública y mediática. Algunas de estas temáticas fueron apropiadas por los discursos institucionales, a nivel mundial y nacional, “para integrar a las mujeres” al sistema capitalista, como una forma de disminuir los costos que en ellas se hacían más catastróficos, sin tocar, ni mencionar las causas profundas que originan esos daños. Al mismo tiempo, durante esos años, la emergencia de demandas asociadas a las luchas identitarias, de las comunidades

⁵ La imagen se puede ver en <https://www.eldesconcierto.cl/educacion/2018/05/16/redes-la-foto-del-dia-celebran-intervencion-feminista-a-torso-desnudo-frente-a-estatua-del-papa-juan-pablo-ii.html>

LGTBIQ+ habían comenzado a ocupar un lugar importante en la agenda pública, las que se materializaron en acciones políticas y de activismo, en torno a la Ley de Unión Civil y la Ley de Identidad de Género que tuvieron como resultados, la promulgación de las respectivas leyes el 2015 y el 2018.

“Las tomas son ocupaciones ilegales de recintos – en este caso universitarios –, que reflejan el fin del diálogo posible y la imposición por la fuerza por sobre la razón, de un grupo de estudiantes por sobre una comunidad universitaria”. Así se refería el decano de la Facultad de Ciencias Químicas y Farmacéuticas de la Universidad de Chile, profesor Squella y el senador universitario Daniel Burgos, el 8 de mayo del 2019 para hablar sobre las tomas feministas, refiriendo a su condición de “paradójicas”, puesto que serían expresión de una forma de lucha Patriarcal, donde “la fuerza se impone a la razón”. Lo que se omite en esta reflexión, es que por un lado, la fuerza, no solo puede ser comprendida desde las lógicas de la violencia patriarcal, por el contrario la fuerza, como energía y pasión, también puede ser potencia transformadora, que desde prácticas micropolíticas socaven de algún modo los “cercos de sentidos” propuestos por los imaginarios sociales instituidos, del orden, del poder y de la racionalidad, como señala Olga Grau, las feministas:

Se toman los espacios institucionales y dejan en suspenso sus prácticas habituales. Introducen una ruptura, una “radical discontinuidad” (Badiou), paralizan el curso acostumbrado de las cosas, constituyéndose en un sujeto político con una fuerza de alteración del mundo social (2018, p.91)

Las tomas, la lucha anti-educación sexista universitaria y su réplica secundaria, por sí sola, no representan la verdadera potencia que el movimiento tuvo. Es en el giro hacia las calles y en la ampliación de los repertorios de acción, donde se subvierten las evanescentes expresiones del feminismo de las primeras décadas del siglo XXI.

“Una crítica que se le ha hecho mucho a la toma es por qué no se han vinculado... por qué son solo la toma de FACS... tenemos que articularnos como mujeres de todos los sectores...” (Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“Pero necesitamos tener orgánicas básicas...” (Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“Pujamos por el cambio situacional... un cambio en los espacios que estamos viviendo” (Estudiante en toma, Facultad de Derecho).

“Nosotras estamos en una posición de privilegio y eso lo tenemos todas super claro y a pesar de todo lo que hemos luchado acá... no llega a todas... la señora juanita del almacén quizás le incomoda porque ha crecido en la misma ideología... pero su hija quizás pasó por la marcha y le gustó y ella pueda” (Participante en Toma, Escuela de Derecho).

Las amplias convocatorias para marchar, protestar o manifestarse durante el 2018, encuentran a mujeres feministas o no declaradas como tales, de diferentes generaciones, razas, orientaciones sexuales, y clases que de algún modo conjuraban los *“Travestismo del género”*, como mecanismo a través del cual se expresaron como forma específica en la democracia transicional, y bajo los techos del neoliberalismo (Follegati, 2007), las opresiones hacia las mujeres. No era solo la violencia hacia las mujeres o el derecho al aborto, sino también, las denuncias relacionadas a la división sexual del trabajo, la feminización de la pobreza, la precarización de la vida de las mujeres producto de las labores de cuidados no pagos: *“no es amor es trabajo no pagado”*, las que pudieron expresarse en las calles, adquiriendo fuerza discursiva y política en los diversos espacios que se fueron abriendo, incluso dentro de los medios de comunicación masivos. Esta *“agenda política”* por cierto ha sido la más invisibilizada a propósito de las cooptaciones del movimiento y la *“banalización”* del bien (Scribano, 2013), concepto al que el autor le da un uso más amplio referido a *“aquellos procesos que al estatizarse y masificarse aquello que invocaba la fuerza moral del bien se desfonda y se reduce a un mero proceso”* (Scribano, 2013, p.188). *“Hacer como si he vivido”*, para reorientar una praxis hacia el consumo espectacularizado de una épica como la feminista. Las luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado son siempre concebidas como visando eliminar los *“excesos”* de estos modos de dominación, y no su fuente (Sousa Santos y Monarca, 2021).

En Julio de 2018, a poco tiempo de iniciado el movimiento, la coordinadora Universitaria Feminista del zonal metropolitano declaraba:

La tergiversación del discurso feminista desde la desinformación y la falta de contenido, y la posesión de todos los privilegios y poderes en esta sociedad, esto nos genera un rechazo ante la adopción de feminismo desde las lógicas mercantiles (feminismo liberal del gobierno), lo que lo lleva a ser entendido y reproducido desde una óptica patriarcal mediante sus instituciones imperantes (Coordinadora Feminista Universitaria, 2018).

Nancy Fraser (2015), refiere al “lavado de cara” del capitalismo más feroz a través del desarrollo de políticas de inclusión o de mayor justicia social derivados de la entrada de la mujer y del colectivo LGTBIQ+ en general a espacios laborales antes impensados, o en el hecho de que la opinión pública perciba una influencia real de estas demandas, a riesgo de que estos cambios socio-culturales encubran las problemáticas estructurales en las que se asientan la concentración de la riqueza y el poder, la destrucción del ecosistema, la descomposición democrática y la cooptación del Estado por las élites.

De ahí la importancia que los feminismos, como proyecto emancipatorio, no separen su proyecto de la emancipación de la sociedad. No es solo un cambio cultural sino político.

Cuando los cuerpos se reúnen, dice Butler (2017) no lo hacen solo para expresar su indignación y representar su existencia plural en el espacio público, “están planteando a la vez demandas más amplias: estos cuerpos solicitan que se los reconozca, que se los valore, al tiempo que ejercen su derecho a la aparición, su libertad, y reclaman una vida vivible”. (2017, p.33)

Las estudiantes tienen claro que, si bien el movimiento se ha enfocado en derribar y transformar la educación sexista en la universidad, no bastarán los documentos que puedan formalizarse a partir de los acuerdos institucionales emanados del movimiento.

“Los protocolos no son la solución, la lucha se da en la legalidad, pero en las calles, llamado al ministerio de la mujer y de educación” (Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“Si bien el encuentro Nacional no fue un fracaso, costó mucho ponernos de acuerdo , nos costó dos meses llegar a un acuerdo a nivel U Chile, pero junto con la coordinadora Feminista Universitaria y las asambleas de mujeres nos hemos ido organizando” (Participante en Toma, Escuela de Derecho).

Deleuze nos hace pensar sobre las particulares formas que se anudan los deseos, para hacernos pensar en qué es lo que liga, moviliza a los colectivos instituyentes. Habrá que pensar ahora, más allá de los cuerpos disciplinados por las instituciones familiares, en la escolarización, las cárceles, los hospitales, no se trata de “pensar una multiplicidad como lo que tiene muchas partes, no como meras adiciones de parte sino como lo que está plegado de muchas maneras” (1989). Es interesante pensar las orgánicas emanadas de las tomas como invenciones permanentes, que ponen en entredicho nuestra democracia o más que nunca profundamente dañada luego de la violencia ejercida por el Estado chileno a los manifestantes durante el estallido social y hasta hoy. El colectivo sabe que el espacio universitario es limitado y que el trabajo de “hormigas” que han realizado, necesita ampliar sus horizontes de lucha, sin embargo, aunque no saben cómo seguir, o más bien dicho cómo salir del “caparazón”, saben que los discursos mesiánicos no son el camino.

“No creo que lleguemos a una orgánica ideal ni tampoco a un acuerdo...”
(Estudiante en toma, Escuela de Derecho).

“Estamos operando desde los lugares en los que estamos porque no podemos llegar a todos los lugares...” (Estudiante en toma, Escuela de Derecho).

“Estamos trabajando como caracoles, como hormiguitas intentando hacer cambios.” (Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“Una de las preguntas constantes que nos hicimos en la toma fue cómo salimos de esto... no sabemos más adelante... al menos ahora tenemos una organización ya la formamos, con el tiempo tendremos que intentar llegar a distintos lados...”
(Estudiante en toma, Facultad de Ciencias Sociales).

“No podemos ir a decirle a la señora sepárese de su marido...” (Estudiante en toma, Universidad de Talca).

Una de los nudos del feminismo de las décadas pasadas fueron las autonomías. No solo respecto al estado, sino había que pensarlo respecto a las formas de hacer política, de relacionarse, de organizarse por fuera de los pactos patriarcales, pero también uno de los nudos que persisten también es la existencia de diferentes feminismos. Que hoy se plantan los desafíos de pensar en un proyecto socio político que traspase las fronteras de ellos países. En este punto, el Mayo feminista ha permitido visibilizar la existencia de una serie de colectivos y articulaciones que cada vez adquieren mayor presencia feminista. No de mujeres, porque en ellas siempre las ha habido, sino que cada vez más, ellas se identifican y representan así mismas como pertenecientes a esa hoy más porosa palabra: “feminista”.

VI CONCLUSIONES

Seguimos escribiendo sobre la esperanza en tiempos como los actuales, en los que una Pandemia ha hecho emerger con más fuerza que nunca las pasiones tristes (Spinoza). El miedo, como emoción predominante, estaba instalado ya en Latinoamérica desde antes de la Pandemia. El movimiento feminista y el 18/O nos mostró lo que se puede cuando este se pierde. Como señala Carpintero (2007), siguiendo a Spinoza, es necesario pasar de las pasiones tristes a la alegría de lo necesario, de una ética del “deber ser” a una ética del “poder ser”.

El movimiento y las transformaciones que operaron a partir de la “insurrección” abrió caminos de encuentro entre múltiples sectores sociales que hicieron suyo el llamado a tomarse las calles. Creo que no es posible pensar en un 18/O, sin pensar en el Mayo Feminista, así como no es posible pensar éste sin las resistencias de múltiples colectivos que de manera creciente en las últimas décadas fueron plantando semillas de inquietud y descontento en la región.

Los procesos de subjetivación y las transformaciones en el imaginario social emergen desde la construcción de nuevos significados a partir del movimiento feminista de mayo 18 y de sus resonancias en el país. Esto no solo porque cada estudiante de una universidad en toma, tal como ellas mismas lo expresan, lleva a otras mujeres de generaciones diferentes sus luchas e inquietudes, sino porque lograron remecer una institución como la universitaria, sus dogmas e invisibilizadas complicidades patriarcales, así como a diferentes generaciones de mujeres académicas y no académicas, feministas y no feministas.

Podemos hablar de una “corporeosubjetividad”, lucha callejera, en la toma, en las performances feministas, dejando huellas, testimonios algunos con reflexiones más elaboradas y críticas de mayor alcance en la dimensión explícita del movimiento, pero sobre todo aquellas menos atestiguables, las huellas de las experiencias de lo vivido como potencia creativa y poderosa, puede dejar entre las diferentes generaciones a las que de manera intempestiva hizo reconocer, poner en palabras, las experiencias sepultadas por la represión

psíquica, así como la posibilidad de reparación social, en el reconocimiento colectivo de las violencias transgeneracionales. *Un violador en tu camino*, su canto y su danza, impacta porque denuncia públicamente aquello que el dolor, la culpa y la vergüenza han callado. Así pasamos de las denuncias de acoso sexual en las universidades a LASTESIS en las calles de Chile y el mundo.

Contra todo, el curso de los tiempos, Chile y América Latina, avanza acelerado por los derroteros de la mercantilización de toda la vida humana y la desaparición de los lazos que nos unen a una comunidad. Este designio de malestares que ha fragilizado las vidas de manera brutal, dejando a la vista descarnadamente las huellas de la vulnerabilidad (Carpintero, 1999) y la precariedad constitutiva (Butler) de la vida desde su inicio, ha estado permanentemente construyendo “por debajo”, singulares formas de resistencia que al producirse el Mayo feminista y el 18/O, emergen con voz clara y certeras convicciones.

Mucho queda por escribir aún sobre este movimiento y el momento en el que vivimos, sin duda el más convulsionado en lo que va del siglo. Hacerlo es de alguna forma inscribirnos en una genealogía que siempre ha sido obturada por las epistemes patriarcales, generar relatos múltiples que retengan un girón de la historia entre sus líneas, para intentar plasmar lo que los movimientos instituyentes pueden hacer: transformar las memorias, crear relatos desde dónde apuntalar los a veces malogrados investimentos narcisísticos, más esquivos para las mujeres. A menudo sin espejos identificatorios, por los borramientos de la historia patriarcal, no porque no existan. Estamos construyendo genealogías feministas, como dice Federici (2020), estas son fundamentales para la reproducción de nuestra memoria colectiva y de los símbolos culturales que dan sentido a nuestra vida y nutren nuestras luchas. Lo que se escribió en las calles y que intentamos pensar, es una forma de inscribirnos por fuera de los linajes patriarcales y construir memorias por venir. Genealogías feministas, aún desconocidas para muchas, aún más, cuando de la genealogía y memorias de nuestro continente se trata.

Es desde ahí, el logro más importante del movimiento a la luz de este trabajo investigativo y las insistencias en la voz de sus actorías. Un movimiento con potencia instituyente que genera nuevas enunciaciones desde un sujeto político, capaz de saberse compartiendo un momento histórico social, que revierte la desesperanza y el aislamiento de las luchas, desde las más

cotidianas hasta las más utópicas. Exigir el derecho a ser semejantes y a crear éticas del reconocimiento que surgen desde los espacios asamblearios en las universidades y estallan en las calles.

Las tomas feministas, al contrario de lo que algunos plantearon sobre su carácter violento y antidemocrático, son parte de un proceso, a partir del cual pudo emerger un “espacio a salvo”. La reflexión como aprendizaje compartido, el encuentro para muchas por primera vez con las genealogías feministas que ayudan a pensar en las hostilidades y los afanes refundacionales que no se reconocen dentro de esa historia, aunque sea para cambiarla. Sin ese lugar, sin ese proceso transversal ocurrido en las universidades chilenas, públicas y privadas, capitalinas y regionales, las resonancias del movimiento dentro de la sociedad quizás solo hubieran sido lo que los medios de comunicación de masas, las redes sociales hubieran decidido dejar como rastros, inaprensibles por las “*corporeosubjetividades*” del feminismo callejero, desbordando las Alamedas de norte a sur del país. Estamos pensando entonces, en el cuerpo, “las cuerpas”, como un lugar donde se producen anudamientos que multiplican (no reducen), las subjetividades, cuerpos que afectan y son afectados, por sus bordes y desbordes en tanto cuerpo intrasubjetivo, intersubjetivo y transsubjetivo, este último como parte un cuerpo social.

Esos anudamientos, dentro del movimiento, también están siendo tensionados por discursos que buscan quitarles su fuerza emancipadora. No es difícil darnos cuenta cuán rápidamente las estéticas y discursos feministas aparecen como portavoces, representantes de mercancías para el consumo. Como ha llamado Escribano “la banalización del bien”, donde se incorporan a la lógica del desecho, como una estrategia para vaciar de contenido conceptos tales como, igualdad, yo agrego hoy: feminismo. Ser feminista entonces, bajo esta lógica corre el riesgo de convertirse en una marca, en una identidad como posibilidad del discurso de la libertad individual. La publicidad de algún modo intenta convertir y hacer suyos esos espacios de visibilidad creados por las estético- políticas feministas durante el año de la insurrección. Más allá de los logros o “arreglos” institucionales que en las universidades el paso por la “marea feminista” dejó, hoy nos encontramos con articulaciones que persisten y que logran un mayor desarrollo de su política feminista, con incidencia y voluntad de poder. Basta solo ver el importante número de mujeres pertenecientes a los activismos feministas, que hoy

están en la lucha política por una Constitución Feminista, que está pensando en la transformación de todas las relaciones de dominación, las que por cierto también incluyen al colectivo varones.

Las narrativas feministas surgidas de las tomas, en la voz de las estudiantes que estuvieron allí, a partir de los espacios que construyen, de algún modo desafían la precariedad de la vida y el ethos neoliberal individualista, con el encuentro y la creación de redes comunitarias e interuniversitarias, no sin antes lidiar con los conflictos propios de hacer coalición.

No podemos olvidar que la denuncia del movimiento es sobre la violencia, las violencias. Desde el acoso sexual a las violencias simbólicas, el problema, ya no se podría enfrentar creando protocolos en la universidades u ordenanzas municipales que prohibieran el acoso callejero. La violencia que denunció el movimiento se refiere a todas las formas de dominación, desde el Estado y sus organismos encargados de ejercerla, hasta las relaciones de pareja. Parte importante de los espacios creados en las tomas tuvieron como fin, poner en palabras, las huellas de la violencia. Ese reconocimiento, a ratos con características catárticas, propias de algunas configuraciones grupales, donde la ilusión de unidad, invita a la circulación de los afectos en modalidades isomórficas, sin embargo la politización de estas experiencias, convierte a los grupos denominados “círculos de mujeres”, replicados en casi la totalidad de las tomas estudiadas, en lo que podríamos llamar *grupos sujetos* (Guattari, 1972), son conscientes de sus dimensiones libidinales (afectivas), así como de sus determinantes en un momento histórico social. Es esa capacidad lo que permite a los colectivos, desprenderse de los sometimientos de los que son presos.

Del paso de la toma a la calle, se produce un acontecer, una implosión de cuerpos con sus gestos y teatralidades, que subvierte la imagen cosificada de la selfie en las redes sociales del cuerpo de las mujeres, sobre todo el de las más jóvenes. Los cuerpos, desnudos o no, fueron cuerpos políticos, no solo por el contenido de su discurso, sino también porque en su desnudez y en las múltiples formas en las que se expresaron, lo que decían es: este cuerpo es mío, las calles son mías/son nuestras y entre nosotras nos cuidamos. Al decir de Hardt y Negri (2002), más que unidad, multiplicidades capaces de reconectarse en el deseo de una

vida distinta. Ahí donde el mercado y el neoliberalismo han hundido sus raíces con más fuerza, en la ruptura de los lazos, de la socialidad.

De las asambleas separatistas a las marchas separatistas, -no todas de inicio y por convicción política/ideológica, sino más bien por una necesidad que surge del aprendizaje, primero en la toma, luego en la calle. Allí se posibilitaron los encuentros cara a cara, cuerpo a cuerpo. Espacio de singularidades que fueron capaces de encontrar una orgánica alejada de los paradigmas aprendidos. Ese proceso de organización *sin nombre*, como ellas refieren, por cautela y temor a la reproducción de las lógicas jerarquizantes y excluyentes, adquirió formas inéditas y prácticas singulares, que retoman también los saberes críticos de Nuestra América, como son las metodologías de Educación Popular de Paulo Freire. Los liderazgos, palabra que sin contenido ni referente, lo que hay son transitivas formas de hacer circular el poder, por eso solo aparecen las vocerías, y no las dirigentes, concepto propio de las orgánicas estudiantiles, que se ha vaciado de sentido para las estudiantes movilizadas.

Encontrar formas de organización políticas para oponerse al poder, es un camino por andar y explorar. Muchas veces son esas disquisiciones las que llevan a inevitables debilitamientos al interior de los grupos que se “autoconvocan”. Esta situación, puede implicar el agotamiento de las menos participativas. En esta indagación, pudimos escuchar, que allí donde las expresiones de lucha fueron más violentas y excluyentes, se produjo un importante debilitamiento y desprestigio del movimiento por parte de estudiantes que pronto se sintieron incómodas y optaron por retirarse. Aunque estas narrativas parecen ser un hecho aislado, solo en una de las universidades estudiadas, sabemos también que el asambleísmo no siempre subsana los problemas de la democracia representativa.

Si bien el Mayo Feminista comenzó en las universidades públicas, estas se replicaron en muchas instituciones privadas. Este aspecto importante, se vincula a la composición del movimiento, al menos en sus inicios. Es importante señalar, que hoy en día no es posible decir que las universidades son solo representativas de una elite, aunque sabemos también que a pesar del endeudamiento que ha permitido el acceso a sectores más precarizados, se hace importante visibilizar, conocer las experiencias de otras mujeres, en un estudio de mayor alcance que incorpore la voz de mujeres de otras edades, razas, clases y orientaciones

sexuales. Claramente esto es una limitación de la investigación, que responde fundamentalmente al carácter exploratorio de la misma.

Desde ese punto de vista, es necesario seguir pensando en las formas a través de las cuales los sistemas de dominación se reinventan. Conocer cómo las nuevas prácticas vinculares, por ejemplo, pueden estar o no expresando cambios que encubran nuevas formas de dominación hacia las mujeres. Seguir ampliando y profundizando el conocimiento sobre el campo de problemas en la producción de subjetividades, en el patriarcado colonial y capitalista, desde perspectivas situadas que permitan aportar a la construcción de nuestros linajes feministas latinoamericanos.

VII BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G. 2000. Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Valencia, Pre-Textos.

AMIGOT, P. y PUJAL, M. 2006. Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault. Revista Athenea Digital (9): 100-130.

AMORÓS, C. 1987. Espacio de los Iguales, espacio de las idénticas. Nota sobre poder y principio de individuación. Revista Arbor: Ciencias, Pensamiento y Cultura 503-504: 113-127.

AMORÓS, C. 1991. Hacia una crítica de la razón patriarcal. Barcelona, Anthropos.

AMORÓS, C. 1994. Feminismo: Igualdad y diferencia. México D.F., Programa Universitario de Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.

AMORÓS, C. 2005. La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres. Valencia, Universitat de València.

ARAUJO, K. 2016. El miedo a los subordinados: una teoría de la autoridad. Santiago, Lom.

BENHABIB, S. 2006. El Ser y el Otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo. Barcelona, Gedisa.

BLEICHMAR, S. 2003. Acerca de la Subjetividad. Conferencia.

BLEICHMAR, S. 1999. Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo. Revista Ateneo Psicoanalítico 2.

BOTTINNI, M. 2012. Subjetividad contemporánea y efectos en la estructuración psíquica: los fenómenos de desligadura. Tesis Doctorado en Fundamentos y Desarrollos Psicoanalíticos. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Psicología. 236 p.

BOURDIEU, P. 1988. Cosas dichas. Buenos Aires, Gedisa.

BOURDIEU, P. 2007. El sentido práctico. Buenos Aires, Siglo XXI.

BONDER, G. 1998. Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente. En: S/A. Género y epistemología: Mujeres y disciplinas. Santiago, pp. 29-55.

BRAIDOTTI, R. 2002. Metamorfosis. Traducción de Ana María Vatelos. Madrid, Akal.

BRAIDOTTI, R. 2005. Feminismo, diferencia sexual y subjetividad Nómade. Barcelona, Gedisa.

BUTLER, J. 1977. Sujetos de sexo/género/deseo. Revista Feminaria 10(19): 109-125.

BUTLER, J. 1993. Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'. Buenos Aires, Paidós.

BUTLER, J. 2001. Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción. Madrid, Cátedra.

BUTLER, J. 2017. Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea. Buenos Aires, Paidós.

CABRERA, D. 2004. Imaginario social, comunicación e identidad colectiva. En: Diálogo: comunicación y diversidad cultural del Forum Barcelona: 2004. Barcelona. pp. s.p.

CALDERÓN, F. (Coord.) 2013. La protesta social en América Latina. Cuaderno de prospectiva política. Buenos Aires, Siglo XXI.

CARPINTERO, E. 1999. Lo novedoso, la urgencia y los tiempos que corren. En: Jornada La Cuestión de la Cura. Direcciones y límites: 1999. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Psicología. Cátedra de Psicoterapia 1. pp. s. p.

CARPINTERO, E. 2007. La alegría de lo necesario: las pasiones y el poder en Spinoza y Freud. Buenos Aires, Topía.

CARRILLO, A. y MANZI, J. 2020. Lo constituyente, lo destituyente y la imaginación política feminista. En: BRITO, S. (Comp.). Una constitución feminista. Santiago, Pez Espiral.

CASTILLO, A. 2018. La excelencia y el elitismo de las políticas de la presencia. Revista Anales 15: 231-240.

CASTORIADIS, C. 1987. Transformación Social y Creación cultural. Revista Letra Internacional 8: 12-20.

CASTORIADIS, C. 1988. Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto. Barcelona, Gedisa.

CASTORIADIS, C. 1997. El Imaginario Social Instituyente. Revista Zona Erógena 35.

CASTORIADIS, C. 2004. Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. México, Fondo de Cultura Económica.

CASTORIADIS, C. 2007. La institución imaginaria de la sociedad. Buenos Aires, Tusquets.

CIRIZA, A. 2015. Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. Revista MILLCAYAC 2(3): 83-104.

DE LAURETIS, T. 1996. La tecnología del género. Revista Mora 2: 6-34.

SOUSA SANTOS, B. y MONARCA, H. 2021. Contribuciones para una praxis crítica del orden social. Revista Educación, Política Y Sociedad, 6(1): 252-289.

DELGADO, J. M. Y GUTIÉRREZ, J. 1995. Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis.

GÓMEZ, A. 2019. Virginie Despentes: “La performance de Lastesis es un grito de guerra”. [en línea] La Tercera en Internet. S/F 2019. <http://especiales.latercera.com/una-decada-vertiginosa/despentes/> [consulta: 26 marzo 2021]

DIRECCIÓN DE IGUALDAD DE GÉNERO UNIVERSIDAD DE CHILE. 2019. Acoso en el campus: el acoso sexual en la Universidad de Chile, Santiago, DIGEN. Disponible en: <https://direcciondegenero.uchile.cl/project/acosenelcampus/>

DIMARCO, R. M. 2006. Condiciones actuales de producción de la subjetividad. Psicoanálisis de las configuraciones vinculares. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo: 53-66.

ERRÁZURIZ, P. E. 2016. ¿ Pasaporte para amar?: Un corsé para el deseo./Passport to love?: A corset for desire. *Revista Liminales. Escritos sobre Psicología y Sociedad*, 5(09), 99-112.

ERRÁZURIZ, P. (2017). Se rebela el dragón.... *Nomadías*, (23). doi:10.5354/0719-0905.2017.47344

ESPINOSA, Y. 2009. Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos Latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer* 14(33): 37-54.

ESPINOSA, Y. 2015. El futuro ya fue: una crítica a la idea del progreso en las narrativas de liberación sexo-genéricas y queer identitarias en Abya Yala. En: MOARQUECH, R. (Ed.). *Andar erótico decolonial*, Buenos Aires, Ediciones el Signo, pp. 21-39.

ESPINOSA, Y. 2016. De por qué es necesario el feminismo decolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad. *Revista Solar* 12(1): 141-171.

ESQUIVEL, A. Y BENAVENTE, A. M. 2018. El abraso feminista. *Revista Nomadías* 25: 145-160.

FEDERICI, S. 2018. El patriarcado del salario. *Críticas feministas al marxismo*.

FEDERICI, S. 2020. Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes. Madrid, Traficantes de sueños.

FEMENÍAS, M. L. 2009. Género y feminismo en América Latina. *Revista Debate feminista* 40: 42-74.

FERNÁNDEZ, A. M. Y DE BRASSI, J. (Comps.). 1993. *Tiempo histórico y campo grupal: masas, grupos e instituciones*. Buenos Aires, Nueva visión.

FERNÁNDEZ, A. M. 1993. *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Paidós.

FERNANDEZ, A.M. 1997 . Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad. *Revista Investig Psicol* 2(3): 37-57.

FERNÁNDEZ. 2007. *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, Buenos Aires, Biblos.

FERNÁNDEZ, C., BAPTISTA, P. y HERNÁNDEZ, R. 2014. Metodología de la Investigación. Nueva York, Editorial McGraw Hill.

FOLADORI, H. 2002. La institución de las organizaciones no gubernamentales y su «crisis». [en línea] Escuela de Psicología Grupal Análisis Institucional Enrique Pichón Riviere en Internet. S/F 2002. <https://psicologiagrupal.cl/?p=239> [consulta: 26 marzo 2021]

FOLLEGATI, L. 2017. Democracia y Feminismo en Chile: Reflexiones desde la izquierda. Revista Red Seca. Disponible en: <http://www.redseca.cl/democracia-y-feminismo-en-chile-reflexiones-desde-la-izquierda/>

FOLLEGATI, L. 2018. El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista (2000-2017). In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 14, pp. 261-291).

FONTANA, L. B. 2008. Il MEND: l'ultima fase della Guerra del Delta. Afriche e Orienti 2, Bolonia, AIEP.

FORSTENZER, N. 2019. Feminismos en el Chile Post-Dictadura: Hegemonías y marginalidades. Revista Punto Género (11): 34-50.

FOUCAULT, M. 1975. Surveiller et Punir. París, Gallimard.

FOUCAULT, M. 1991. Tecnologías del yo y textos afines. Barcelona. Paidós

FRASER, N. 2015. Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal. Madrid y Quito: Traficantes de Sueños /IAEN, 279 pp.

FRASER, N. 2020. Las contradicciones del capital y de los cuidados. [en línea] Contexto y Acción en Internet. 19 de agosto, 2020. <https://ctxt.es/es/20200801/Firmas/31887/Nancy-Fraser-covid-capitalismo-crisis-feminismo-socialismo.htm> [consulta: 26 marzo 2021]

FRIES, L. 2010. Avances y desafíos en torno a la autonomía política. En: VALDÉS, T. (Ed.). ¿Género en el Poder? El Chile de Michelle Bachelet. Santiago, CEDEM.

FRYE, M. 1983. The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory. Nueva York, The Crossing Press.

GALENDE, F. 2018. Postdictadura, vanguardia y escena cultural. In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 15, pp. 219-230).

GARGALLO, F. 2004. Las ideas feministas latinoamericanas. Bogotá, Desde Abajo.

GAUDICHAUD, F. 2019. Marea feminista, también en Chile. *Le Monde Diplomatique*, Santiago, Chile, mayo. Disponible en: <https://mondiplo.com/marea-feminista-tambien-en-chile>

GRAU, O. 2018. Un cardo en la mano. En: ZERÁN, F. (Ed.). Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado. Santiago, Lom.

GUATTARI, F., & DELEUZE, G. (1994). *Rizoma. Ed. Diálogo Abierto, Ciudad de México.*

GUATTARI, F. 1972. *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires, Siglo XXI.

HAN, B. 2014. *En el enjambre*. Barcelona, Herder.

HARAWAY, D. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*. Madrid, Cátedra.

HARDT, M. y NEGRI, A. 2002. *La multitud contra el Imperio*. Buenos Aires, CLACSO.

HARDING, S. 1996. *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.

HARVEY, H. 2003. *New Imperialism*. Oxford, Oxford University Press.

ILLOUZ, E. 2009. *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires, Katz Editores.

JELIN, E. 2001. *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.

JELIN, E. 2004. Minorías y luchas políticas. *Revista Oficios terrestres* 10(15/16): 10-21.

JULIOS-CAMPUZANO, A. 2004. Globalización desde abajo: Ciudadanía democrática y revitalización política. En: BONETTO, M. S. Y PIÑEIRO, M. T. (Eds.). *Ciudadanía y costos sociales: Los nuevos marcos de la regulación*. Guipúzcoa, Dykinson, pp. 191-212.

KIRKWOOD, J. 1982. Ser política en Chile. Las feministas y los partidos. Santiago, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

LACAN, J. 1970. El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis. Barcelona, Paidós.

LAMADRID, S. 2019. Cronología de los movimientos feministas en Chile (2005-2016). *Revista de Estudios Feministas* 27(3).

LAMAS, M. 2018. Acoso. ¿Denuncia Legítima o Victimización? México D.F, Fondo de Cultura Económica.

LAPASSADE, G. 1975. *Socialanalyse et potentiel humain*. Paris, Dunod.

LAZZARATO, M. 2010. *La Fábrica del Hombre Endeudado*. Buenos Aires, Amorrortu.

LAZZARATO, M. 2013. *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capital neoliberal*. Buenos Aires, Amorrortu.

LIPOVESKY, G. 1995. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Trad. Vinyoli, J. y Pendanx, M. Barcelona, Anagrama.

LORD, A. 2003. *La hermana, la extranjera. Artículos y Conferencias*. Madrid, Horas y horas.

LUGONES, M. 2008. Colonialidad y Género. *Revista Tabula Rasa* 9: 73-101.

LYOTARD, J. F. 1987. *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra.

MELER, I. 2015. Las huellas eróticas de la subordinación. En: BARZANI, C. (Comp.). *Actualidad de Erotismo y Pornografía*. Buenos Aires, Topía.

MOUFFE, C., & MORENO, H. (1993). Feminismo, ciudadanía y política democrática radical. *Debate Feminista*, 7, 3-22. Retrieved March 27, 2021, from <http://www.jstor.org/stable/42624105>

NEPOMIACHI, E Y SOSA, M. 2019. Lazo social en la coyuntura neoliberal. Una lectura desde los discursos lacanianos. *Revista Argumentos* 21: 129-155.

BERKHOUT, E., GALASSO, N., LAWSON, M., RIVERO, P., TANEJA, A., VÁZQUEZ, D. 2020. *El virus de la desigualdad. Cómo recomponer un mundo devastado por el coronavirus a través de una economía equitativa, justa y sostenible*. Oxford, Oxfam Internacional. Disponible en: <https://www.oxfam.org/es/informes/el-virus-de-la-desigualdad>

OYARZÚN, K. 2005. Un trato en las diferencias: Género y Educación Superior en Chile. Revista de Estudios Interdisciplinarios ASOSYLFF 34: 27-31.

OYARZÚN, K. 2018. Mayo 2018: feminismos en clave descolonial. En: ZERÁN, F. (Ed.). Mayo Feminista. La rebelión contra el patriarcado. Santiago, Lom, p. 99-113.

PICHON RIVIERE, E. y TARAGANO, F. 1985. Teoría del vínculo. Buenos Aires, Nueva Visión.

PISANO, M. [Movimiento Feminista Autónomo 1993-1997 \(libro\)](#)

PUGET, J. 2018. Habitar espacios en el hoy o en un para siempre. Revista Psicoanálisis 40: 19-39.

RESTREPO, A. Y ROJAS, A. 2016. Conflicto e (in) visibilidad: Retos en los estudios de la gente negra en Colombia. Cauca, Universidad del Cauca.

RICH, A. 1986. Sangre, pan y poesía. Prosa escogida: 1979-1985. Barcelona, Icaria.

RICHARD, N. 2001. La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile. Buenos Aires, CLACSO.

RICHARD, N 2000. La problemática del feminismo en los años de transición en Chile. En: Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. <http://www.globalcult.org.ve/pub/Clacso2/richard.pdf>.

RICHARD, N. 2018. La insurgencia feminista de mayo 2018 En: ZERÁN, F. (Ed.). Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado. Santiago, Lom.

RÍOS, M., GODOY, L. y GUERRERO, E. 2003. Un nuevo silencio feminista. La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura. Santiago, CEM y Cuarto Propio.

RIVERA CUSICANSQUI, S. 2018. Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis. Buenos Aires Tinta Limón. 176 pp.

SCHIEL, V. 2016. Feminismo y neoliberalismo en América Latina. Revista Nueva Sociedad 265: 32-49.

SCRIBANO, A. 2013. Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: normalización, consumo y espectáculo. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção* 12(36): 738-750.

SCRIBANO, A. 2016. Banalización del Bien: o el “amor” en tiempos de cólera; Universidade Federal da Paraíba. Grupo de Estudo e Pesquisa em Sociologia da Emoção; *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*; 15; 44; 8-2016; 184-202

SEGATO, R. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires, Prometeo.

SEGATO, R. 2016. *La guerra contra las mujeres*. Madrid, Traficante de sueños.

SEGATO, R. 2019. “El movimiento feminista está ayudando a que los hombres se liberen” [en línea] Palabra Pública. 15 de enero del 2021 <https://palabrapublica.uchile.cl/2019/08/01/rita-segato-el-movimiento-feminista-esta-ayudando-a-los-hombres-a-que-se-liberen/>

SEPÚLVEDA, P., CHECHILNITZKY, A., BLANCO, M. J. Y YÁÑEZ, C. 2019. Cómo entender la actual ola de demanda feminista. *igual*, Santiago, Chile, 9 de marzo. Disponible en: <https://www.latercera.com/nacional/noticia/entender-la-actual-ola-demanda-femenina/562208/>

SOSA GONZALEZ, M. N., & SOSA GONZALEZ, M. N. (2020). *De la orfandad al linaje. Hacia una genealogía de las luchas feministas del Uruguay post dictadura* (Master's thesis).

TAJER, D. 2009. *Heridos corazones. Vulnerabilidad coronaria en varones y en mujeres*. Buenos Aires, Paidós.

TOBAR CASSI, LEOPOLDO. (2012). MANUEL GÁRATE CHATEAU, La revolución capitalista de Chile (1973-2003). *historia (Santiago)*, 45(1), 269-273. <https://dx.doi.org/10.4067/s0717-71942012000100016>

VERA.M.A. 2016.. «La superioridad moral de la mujer»: sobre la norma racializada de la femineidad en Chile. *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, (36), 211-240.

ZEMELMAN, H. 2010. Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Revista Polis* 9(27): 355-366.